

ENTRE EL
Amor
y el
MIEDO



CATHERINE PARKER LARRAÑAGA



Entre el amor y el miedo

©Catherine Parker Larrañaga, 2022

Primera Edición: Septiembre, 2022

ISBN: 978-956-410-630-4

© del texto:

Catherine Parker Larrañaga

© de esta edición:

www.catherineparker.cl / catherineparkerlarra@gmail.com

Protegido según Derecho Autor registro No **2022-A-5760** DDI
(Departamento Derechos Intelectuales / Chile)

Impreso en Chile — Printed in Chile

Queda prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante arriendo o préstamo público.

Dedicado a todos los que partieron en aquella terrible época de la peste y a los que nos dejaron de improviso en los días en que creíamos tenerlo todo dominado.

Prólogo



Así escribe Cathy

Toda novela se construye sobre la base de una buena estructura. Eso Catherine Parker lo sabe muy bien. Tan bien lo sabe, que la estructura de esta novela es sólida, creíble, interesante y por encima todo, entretenida. De otra forma, lo sólido, creíble, interesante y bien escrito se perdería porque el lector habría cerrado el libro. Pero en este caso, la necesidad de dar vuelta a la página para saber más es algo permanente.

Tenemos claro que la novela es un mundo donde los personajes dan vida a lo que se lee. El lector siente propia la intención que el libro pretende transmitir a través de alguno de estos seres nacidos de la imaginación y que tienen vida propia, pero son manejados por el escritor por hilos invisibles. Lo importante es que este personaje tenga la capacidad de identificarse por alguna razón con el exigente lector, que de alguna forma vive la historia a través suyo. Y esto, tan importante, sucede de manera impecable en la trama de lo que ha escrito nuestra autora. Ella ha logrado emocionarnos, hacernos sentir rabia y hasta miedo a través de lo que le pasa



a cualquiera de los personajes que lideran la acción. La novelista me hizo vivir *adentro* del libro. Me contó las peripecias más cautivantes y me proveyó de la infinita riqueza de detalles atinados que forjan el alma de la literatura narrativa: es decir, la diosa *Verosimilitud* estuvo todo el tiempo presente como cualidad imprescindible, cuya carencia transforma y vuelve nulo todo intento de relatar una historia

No sólo hay creatividad y verosimilitud en esta novela, también hay reflexión. Y de la buena. Digamos que las ideas van combinadas con pensamientos que logran convertir a los personajes en personas. Leemos una reflexión, seguimos leyendo... ¡y volvemos atrás a releer, porque lo que ha reflexionado ese personaje sigue gravitando en nuestra mente! ¡Es tan cierto! ¡Nunca lo habíamos pensado de esa forma!

Pero hay algo que no se puede soslayar. Y es que todo lo bueno que vemos en la novela de Cathy sucede también por una razón: ella corrige.

Corregir es otra fase de la creación que pide mayor exigencia. Es mirar de manera objetiva lo que se ha escrito y desenamorarse de ello. Tachar, quitar, cortar. Menos es más, dice la regla, y en literatura esa ley es implacable. Quien no lo sepa, tendrá sus páginas llenas de frases sobrantes y florituras que afean en lugar de embellecer.

Y otro detalle importante: Cathy no esperó a la *Inspiración* para escribir. La idea inicial fue simplemente eso, «una idea» a la que fue dándole forma y vida. Con respecto a la inspiración, William Faulkner y su frase espectacular: «He oído hablar de ella, pero nunca la he visto» da fe de que lo importante no es esperar a que llegue el rayo azul que nos dejará en manos de la magia literaria. Si no estamos preparados para escribir bien, ni el soplo de Cervantes al oído logrará del escritor algo digno de ser leído y apreciado. Sin oficio no



hay buena literatura, por lo tanto, una buena idea solo tendrá frutos si el autor ha escrito lo suficiente como para tomar esa idea y darle literariedad. Y Cathy escribe de manera incansable, pasa del cuento a la novela de una forma natural. Y acierta siempre. Así ha ido forjando su oficio.

En suma, la persona que tenga en sus manos *Entre el amor y el miedo* puede tener claro que en las páginas no hay un «intento» por escribir, al contrario: hay literatura de la buena, esa que viene de la mano de una mujer que sabe manejarse con las Letras (sí, con mayúscula). La autora sabe que hasta en la más pura ficción, todo lo que suceda tiene que parecer cierto, o sea, ser *creíble*.

Adelante, Catherine Parker, siga en su rumbo de las Letras. Tiene buena mano, buen olfato literario y, además, el don de entretener. Ojalá sean muchísimos los ojos que recorran las líneas que hay dentro de *Entre el amor y el miedo*. Esas líneas navegan con una estética impecable para que el arte de la palabra se mantenga vivo y sano como usted sabe hacerlo.

Ana María Güiraldes
Escritora Chilena



Prefacio



Cuando todo comenzó, pensé que podría sucedernos, aunque abrigaba la vaga esperanza de que apenas nos rozara hasta que la ciencia hiciera su trabajo y lograra protegernos. Pero el antídoto estaba en incipiente gestación cuando, haciendo caso omiso de las miles de veces que nos dijeron: «Usa mascarilla, lávate las manos y quédate en casa», el polizón nos pilló desprevenidos. Creyendo que ellos y nosotros tomábamos todos los resguardos de manera responsable y consciente, pasamos por alto una de las tres medidas vitales, la llamada distancia social. Y así, el indeseable huésped logró inmiscuirse en nuestra cena de amigos. Apenas éramos seis, pero uno de ellos, sin saberlo, lo llevaba consigo, agazapado en la oscuridad, esperando su ansiada oportunidad. Y entre saludo y despedida brincó a nosotros. Ahora aquí estamos, cada uno encarcelado en su celda a merced de la benevolencia o crueldad de sus efectos, abriendo y cerrando la puerta para que nuestros «carceleros» nos traigan la comida. A la distancia, apenas vemos sus ojos, pero sabemos que son benevolentes, afectuosos. Les decimos «hijos» y sabemos que nos liberarán en cuanto estén seguros de que no ponemos en riesgo a nadie más.

Al meditar sobre todo esto, he confirmado que somos idiotas. Sí, nosotros, los seres humanos. La idiotez y la negación



nos rondan hasta que terminamos viviendo en carne propia los avatares de la vida. Sólo así aprendemos. Aunque me pregunto: ¿aprenderemos? Les contesto de inmediato: no, no lo haremos. Somos escépticos, ingenuos, negacionistas hasta que... bueno, ya saben, hasta que la bomba estalla en nuestra cara.

Y mientras será difícil estar catorce días encerrada, evitando que el infeliz que nos dejó confinados encuentre otro pobre desgraciado, dará vueltas en mi cabeza la idea de que la humanidad tendrá que sobreponerse a esta y a otras calamidades de manera cíclica. Así como lo hace hoy y lo hizo entonces, enfrentará otra con nuevo nombre. Antes se llamó la peste de Justiniano, peste negra, viruela, gripe (española, asiática, de Hong Kong), VIH, hoy lleva corona y obliga al planeta a rendirse con una venia frente a su ostentoso nombre: Coronavirus.

Y vuelvo a preguntarme, ¿qué tan fortalecidos saldremos de esto? No lo sé. La historia dará la respuesta a los tiempos que corren, así como el pasado dio la suya a la Europa de hace más de seiscientos años.

Por lo pronto, huiré de esta realidad a una inexistente. Transformaré los muros que me encierran en una burbuja empujada por el viento para circundar fiordos verdes, montañas nevadas y reposaré sobre la copa de la más vieja de las araucarias para contemplar desde lo alto el paisaje abierto a la libertad que anhelo. Y desde allí comenzaré a escribir sin descanso. Inspiraré profundo, escucharé la melodía del bosque y conversaré con Él, sí, con Él, como hace tiempo creo no haberlo hecho.

Nos vemos, si Dios quiere, cuando sea el fin... de mi claustro y mi novela.



Parte I



La sombra



1

Incredulidad



Paula iniciaba con ímpetu las líneas de su nueva novela, un romance repleto de atardeceres anaranjados, manos entrelazadas y promesas infinitas. Tenía ideados un par de finales con los que esperaba dejar a los lectores suspirando y anhelando un amor tan idílico como irreal. Escribir dejaba de ser un pasatiempo para convertirse en una posible carrera. Su profesión, sabía, enriquecería el oficio. Con una sonrisa en los labios, llegaba a la página cien cuando todo comenzó.

—¿De qué hablas? —inquirió a Daniel, que entraba en la habitación resoplando y balbuceando las malas noticias que había escuchado en la televisión.

Sus ojos pardos se veían ensombrecidos y rascaba con fuerza su incipiente barba como siempre lo hacía cuando algo le perturbaba. Su camisa de lino celeste, arrugada por el tiempo que llevaba recostado en el sillón de la sala, y el short de tela azul parecían estorbarle después de que, con energía, pudo liberarse del cinturón de cuero café que lo ajustaba a la cadera.

—Pues lo que dije, que desde diciembre los chinos tienen una epidemia desatada que ya llega a casi ochenta mil



contagiados. Ya está en España e Italia, superando los más de mil casos diarios de personas infectadas. Esto sin duda traspasará otras fronteras. —Lanzó a la cama su metro ochenta de estatura, haciendo rebotar su abrumada expresión.

—Pero acá jamás llegará, la cordillera de los Andes es muy alta —respondió Paula levantando con indiferencia sus hombros bronceados y volviendo al computador.

En su habitual apatía por todo aquello que no estuviera sucediendo a su lado, actitud que Daniel en ocasiones disfrutaba por su candidez y en otras lo irritaba debido a su escepticismo, retomó la posición distendida en la que escribía. Con polera de pabilos fucsia y calzas deportivas de licra negra, volvió a cruzar las piernas para acomodarse sobre la butaca enfrente de la mesa de cristal donde trabajaba sus novelas, cuentos y folletos.

—¿Se te olvida que la gente viaja en aviones y que hoy las fronteras están más abiertas que nunca...? —Resopló e hizo una pausa dejando el celular en el velador—. Bueno, tal vez a partir de ahora, lo estaban. —La miró con una ceja en alto y negando con la cabeza.

—¡Ay! Pero qué dramático, ¿cómo que estaban? —Le devolvió la misma expresión y sonrió.

—No quiero ser pesimista, pero al parecer esto recién comienza. —Se levantó, se desabrochó la camisa, la tiró al suelo y comenzó a buscar su pijama bajo la almohada.

Paula ya había perdido la concentración. El romance y las puestas de sol que sus dedos hacían realidad sobre el teclado, se tornaron difusas frente al torso velludo de Daniel que la distrajo lo suficiente como para abandonar todo en un punto aparte.

—Entonces, si crees que no sobreviviremos, mejor no perder tiempo. —Se le acercó, clavó su mirada ámbar, lo besó



con fuerza y se dejó atrapar entre los brazos de su esposo, que la tomaron por la pequeña cintura.

Las manos de Daniel despejaron el pelo negro y sedoso que cubría su cuello, bajaron rozando con deliberación sus pechos y siguieron escudriñando por su sinuosa espalda hasta sus firmes nalgas. El calor del arrebato lo liberó del fastidio que a veces le hacía sentir su mujer a causa de su enclavada ingenuidad e hizo desaparecer, también, a los chinos y su pandemia.

Se habían casado hacía apenas dieciocho meses, a una edad en la que pocos contraían tales compromisos en el siglo XXI. Con la energía de tan sólo veinticinco años y miles de proyectos por cumplir, Daniel y Paula gestionaban, juntos, su propia oficina de turismo. Él era un apasionado del trekking, la fotografía y los viajes, y había sido en uno de ellos en donde conoció a la mujer que ahora le rebatía, con infantil indiferencia, lo que le contaba. Aquella inocencia en los ojos de Paula, que le producía un desesperante y cautivador deleite, fue de lo que se enamoró la primera vez que la vio y por lo que supo que no la dejaría escapar.

Interlaken, en Suiza, fue el punto final de un tramo que hacía Daniel junto a sus compañeros de universidad. Después de visitar la imponente montaña de Jungfrauoch, desde donde antes de llegar a los más de tres mil metros de altura se podían contemplar los verdes valles de los Alpes, las vacas con sus grandes cencerros al cuello y las nieves eternas en los picos de los cerros, el muchacho daba inicio a una nueva etapa de su recorrido por el mundo. Había ahorrado años para ello, así es que antes de entrar en el orbe laboral a cumplir horarios, metas y reportes, se había prometido cumplir



su sueño. Mientras cursó la carrera de Ingeniería Comercial, trabajó en una fábrica de zapatos asistiendo a uno de los *product manager* de la línea infantil. El tiempo en esa oficina le había dejado claro que ser empleado restringiría su alma viajera, así es que, decidido a cargar con una buena cuota de recuerdos de independencia en su memoria, antes de atarse formalmente a algún empleador, había iniciado la ruta por Europa. Después de Estocolmo, Londres, Ámsterdam, Praga y Viena, Interlaken le dio un giro a la expedición.

Paula, al igual que Daniel, se había regalado un año sabático, tiempo que para muchos universitarios era un atesorado anhelo después de egresar de sus carreras. Graduada de Periodismo, y previo a ejercer un rol remunerado y con horario fijo, emprendió su travesía independentista. Sin recurrir a la ayuda de sus padres, quienes ya con esfuerzo habían cumplido con su educación, trabajó tres años en una pequeña editorial de libros infantiles. Cada céntimo ahorrado en aquella oficina, a la cual regresaría después de su viaje según había negociado, era para cubrir los gastos. Australia fue el destino inicial, y de la mano de las *working holiday* llegó a trabajar en una cafetería en el centro de Sidney. Como mesera logró los ingresos necesarios para no consumir del todo los fondos ahorrados y así sustentar traslados, hospedaje y comida. Desde aquella ciudad, en donde estuvo por más de siete meses, recorrió Tasmania, Melbourne, Adelaida, Newcastle, Brisbane y Mackay. Sus costas eran algo imperdible. Port Campbell y sus Doce Apóstoles se volvió su paseo favorito, el que repitió cada vez que el trabajo y el bolsillo se lo permitieron. Se quedaba sentada por horas frente a los acantilados, observando los gigantescos macizos de roca caliza que cambiaban de color según la posición del sol: entre rosados y amarillos en el momento en que el astro aparecía por su



espalda, blancos y grises cuando estaba justo sobre su cabeza, y anaranjado y dorado cuando desaparecía en el horizonte frente a sus ojos. Esos enormes peñascos se convirtieron en una poderosa fuente de inspiración para varios cuentos que dejó plasmados en un cuaderno mientras miraba, embelesada, cómo las enormes rocas se teñían de ocre malva y áureo. Aunque los turistas repletaban la zona en el verano, siempre tuvo la suerte de ir en momentos en que la oleada de cámaras fotográficas extranjeras no le interrumpían aquella visión. Le había bastado presenciar tan sólo una vez el desesperado espectáculo entre asiáticos, rusos y españoles buscando el mejor ángulo para accionar el obturador para saber muy bien cuándo volver y cuándo no, así que, sentada por horas en la banqueta de madera con la más insuperable vista de todo el mirador, disfrutaba de aquel paisaje moldeado por el océano en siglos de tallado.

Una vez que hubo exprimido de Australia todo lo que pudo, emprendió el vuelo a Europa central. Suiza fue su siguiente destino. Amaba la montaña y había escuchado hablar muchas veces del famoso *Top of Europe* al cual había que subir en un ferrocarril cuya inclinación, de algo menos de veinte grados debido a la pendiente de ascenso, obligaba a los pasajeros a permanecer sentados. Fue en la fila para comprar el ticket al centro turístico donde la mirada ámbar de Paula y la agudeza verde de Daniel se cruzaron. Él iba con tres amigos que parloteaban a su alrededor comentando el paisaje en el cual, después de atravesar algunos pequeños poblados de casas con balcones repletos de coloridos cardenales, se salpicaban otras tantas cabañas a lo largo del camino ferroviario. La altura cubría de frío blanco las laderas y la cercanía con los farellones intimidaba. El chico, intentando seguir la conversación de sus compañeros de viaje, se esforzaba por no



perder de vista a aquella muchacha de mochila verde, gorro de piel blanca y aire arrogante. Paula, acompañada tan sólo por la melodiosa voz de Jesse&Joy que sonaba en sus audífonos, había detectado cómo la buscaba. Simulando indiferencia, continuó leyendo el folleto en donde se explicaban los detalles del lugar: «3500 metros de altura, vista al glaciar Aletsch, los Vosgos franceses y la selva negra alemana. Ruta ferroviaria construida entre 1896 y 1912 e inspirada en el empresario y viajero suizo Adolf Guyer-Zeller». Vaya osadía para esos años, se dijo después de leer aquellas tres líneas. Disfrutaba la información histórica sobre los lugares que visitaba, así es que después de una nueva mirada al paisaje, a Daniel en medio de un parpadeo y sonrisas, regresó al impreso: «construcción ininterrumpida que exigió dinamitar zona curva para un túnel de siete kilómetros que atravesaba los picos alpinos de Eiger y Mönch y terminar emergiendo en la cima del Jungfrau». Comenzaba a sentir la proximidad de esa cima con la falta de oxígeno que sintió al llegar a una de las estaciones, la llamada Eismeer. Enclavada justo en el corazón del macizo, allí se hacía una parada para observar parte del glaciar y permitir a los pasajeros aclimatarse a la altura. Todos bajaban apresurados del vagón para lograr un espacio frente a los agujeros en la roca y ver, a través de gruesos cristales, la abrumadora vista del exterior. La mirada se perdía en medio de picos de montañas nevadas, con quebradas violentas y profundas. Ese fue el único momento en que se perdieron el uno al otro. La avalancha de orientales peleándose por el mejor espacio para fotografiar los nevados y el glaciar obligaba a esperar un turno que daba apenas unos minutos antes de volver al tren; otra vorágine de seres humanos empujándose para retomar su lugar y seguir subiendo hasta alcanzar la gélida cima de viento punzante,



donde el frío congelaba las pestañas y acartonaba la ropa. La experiencia era conmovedora y sorprendente, haciendo que Paula admirara la capacidad de los hombres que, en pleno siglo XIX, habían desafiado la naturaleza para llegar a aquel lugar que hoy era un enorme complejo de restaurantes, tiendas de *souvenirs*, una exposición sobre la construcción del ferrocarril y el Eispalast, un callejón de cavernas con grandes esculturas congeladas de pingüinos, osos, águilas y algunas focas. Paula intentaba tomarse una *selfie* con una de ellas cuando Daniel se le acercó.

—¿Te la tomo? —preguntó en un bien pronunciado inglés mientras se sacaba los guantes de polar y extendía su mano para evitar que ella se rehusara.

—Ok, gracias —respondió Paula en el mismo idioma y le entregó el celular. Sonrió con picardía inclinando el cuello en pose de modelo.

Daniel aprovechó el momento para detallar su perfilada nariz, su blanca y ordenada sonrisa, el toque casi dorado de su mirada, y ver cómo su cabello negro y liso caía desordenado sobre sus hombros al sacarse el gorro.

—¡Buena foto, compadre! —dijo irónico Andrés dándole un golpe en la espalda a Daniel.

—¿Son chilenos? —preguntó Paula acercándose a recuperar el móvil y reparando en ese «compadre» pronunciado en el inconfundible dialecto de su país.

—Sí, ¿tú? —inquirió asombrado Jorge, que se sumó al encuentro.

—También.

—Vaya mundo pequeño —respondió Daniel impidiendo que sus amigos le quitaran el protagonismo.

—Esto hay que inmortalizarlo, imagínate, chilenos en el techo del mundo. A ver... júntense para tomarles una foto.



—Jorge empujó a Daniel junto a Paula, que apenas le llegaba al hombro, y en una mirada cómplice ambos sonrieron.

Aquella foto decoraba ahora la sala del departamento.

Como todos los domingos, Daniel le llevó el desayuno a la cama. Ella, remolona entre las sábanas bajo las cuales más bien habría preferido tenerlo acurrucado que romper la modorra con una taza de café, se resistió a incorporarse a pesar de que el sabroso aroma inundaba la habitación.

—¡Arriba, flojita!, este *omelette* se enfría —dejó la bandeja sobre la cama y corrió las cortinas.

Paula arrugó la vista, se tapó la cara con las manos y reclamó con un ronroneo. Daniel se acercó para besar su cuello y sumergir su mano hasta acariciar uno de sus pechos.

—¿El desayuno será con servicio completo? —preguntó ella con voz rasposa y empezando a conectar con la realidad de la excitación.

—Claro, señora, una vez saciemos el instinto de supervivencia, saciaremos el otro.

Paula rio, lo besó y la mañana transcurrió como Daniel había vaticinado.

Más tarde el almuerzo fue a orillas del río Mapocho, que más que río era en la actualidad una cuenca seca que ya hace mucho había albergado las aguas de la cordillera. El día era veraniego y dejaba disfrutar de las terrazas bajo los toldos. Estaban en uno de los restaurantes de abundante y refinado menú en el cual habían decidido darse un gusto. Dos pisco sour, las mismas copas de vino y entre ceviche y lomo salteado, pasaron dos horas que terminaron siendo endulzadas por un suspiro limeño más un café. La conversación fluyó con el entusiasmo de las miradas sobre los folletos y el itinerario del



viaje que realizarían con un grupo de turistas programado para julio por la costa del Adriático.

—En Montenegro podemos quedarnos unas dos noches. —Daniel recorrió con su dedo el mapa que delimitaba el mar Adriático y la costa del país.

—¡Y después a Croacia! —dijo entusiasmada Paula—. Muero por recorrer sus islas, Hvar, Vis y bueno, por supuesto, Split.

Ella anotaba con meticuloso detalle los puntos de interés que debían visitar y él ideaba la ruta para el grupo de viajeros. El negocio había dado frutos hacía un año gracias a la buena administración de Daniel y al manejo de la difusión y comunicación en redes sociales de Paula. Además, les permitía viajar por el mundo y aprovechar la juventud de sus veintiséis años. Sobre hijos, habían acordado que antes de cuatro o cinco años de casados ni hablar, aunque cada vez que lo mencionaban, un destello en los ojos los delataba: los niños eran su debilidad.

Al regresar a casa, el cansancio de haber comido en exceso les pesaba como las mochilas que habían cargado en sus viajes. Se recostaron, encendieron el televisor para ver una película, pero antes de llegar a Netflix, el zapping por los canales estaba salpicado de noticias sobre el virus: había llegado el primer caso a Chile. La ciudad de Talca recibía el infectado número uno y en la clínica local los pacientes se cruzaban ignorantes de que ese hombre, llegado del extranjero, desencadenaría la tragedia sanitaria en el país. Daniel miró a Paula levantando una ceja y sin palabras su expresión le transmitió un claro «te lo dije». Ella arrugó el ceño y frunció los labios.



2

Cierre de fronteras



Los itinerarios de viaje, los pasajes comprados y los clientes, un entusiasta grupo de diez parejas que volaría con ellos a Croacia, quedaban suspendidos hasta nuevo aviso. Las autoridades comenzaban a intensificar las medidas sanitarias de resguardo para la población y se olfateaba la incertidumbre y el temor. Fue una bofetada para Paula. Pensó que por iniciarse tan lejos de ellos, en un lugar de China llamado Wuhan, a más de diecinueve mil kilómetros de distancia y del cual jamás había oído hablar, sería imposible que los alcanzara. La pesadilla había comenzado en esa ciudad a principios de enero y ahora se cernía sobre ellos en el último rincón del planeta donde pensó que la alta cordillera podría protegerlos y que todo un océano podría distanciarlos cuanto fuera posible de aquella pandemia. Obviaba que la inmediatez de la conectividad, como le había dicho Daniel, excedía a la sola posibilidad de contar con una red de wifi. La aviación cada vez más al alcance de todos, facilitaba el moverse de un lugar a otro haciendo parecer al planeta una sola aldea. Terminó por convencerse de que la distancia no



era garantía de inmunidad, y de que ni el océano ni las altas cumbres lograrían protegerlos del llamado Covid-19 que llegaba a Chile sin remedio, sin vacuna y con pocas herramientas para hacerle frente.

Era veintitrés de marzo y el país llevaba sus primeros veinte días con ya seiscientos treinta y dos infectados, treinta y cinco personas hospitalizadas de las cuales diecisiete estaban en estado grave. El primer fallecido por la enfermedad era una mujer de edad avanzada cuya partida agudizaba el temor. Aunque se decía que en personas con enfermedades de base como la diabetes, la obesidad, problemas cardíacos y sistema inmunológico debilitado el virus podría causar más daño, se escuchaba también que en otros países fallecían jóvenes de buena salud. La información regaba con énfasis antecedentes que luego se desmentían o ponían en tela de juicio, lo que llevaba a la población a una desorientación atemorizante. Mientras tanto en Italia, en tan sólo un día, habían muerto más de setecientas personas. Paula imploró a Dios que el hambre de aquel virus no llenara sus fauces en Chile, y que la única instrucción que se daba a la población de quedarse en casa por los catorce días que duraba la cuarentena se respetara. Pero los casos se propagaban con tal rapidez que comenzaban a tocar a seres queridos. Su amiga Carolina llevaba cinco días conectada al respirador que le daba oxígeno inflando mecánicamente sus pulmones y enfrentando, inconsciente, la batalla. Una mujer vital y alegre, pensó aterrORIZADA, yacía dependiente de una máquina para respirar.

—Claro, Joaquín, seguiré rezando por ella. Tú cuídate mucho. Les mando un abrazo —colgó y rezó por la recuperación de esa amiga de tantos juegos a las escondidas, de

soplos en las pruebas escolares y de amores quinceañeros. Encendió la vela que estaba en medio de la figura de Buda y del pequeño crucifijo sobre la mesa de centro de la sala y cerró los ojos: «Permite que mi amiga se recupere y que Joaquín logre vencer a ese maldito bicho sin necesidad de ser hospitalizado», susurró para sí. El esposo de Carolina, con quien terminaba de hablar por teléfono, también se había contagiado, pero sus síntomas eran leves.

Un maldito e insignificante murciélago jamás habría sido parte de mi platillo, pensó Paula, pero en ese país de más de mil trescientos millones de habitantes se consumía de todo: pangolines, serpientes, lombrices y hasta murciélagos. A quién se le ocurriría poner en una sopa a ese repugnante animal con las alas abiertas como si disfrutara de una bañera, reclamó mientras la imagen se repetía en el noticiero una y otra vez. Aquellos turistas jamás imaginaron la debacle mundial que se desataría, y aunque se insistía en que el contagio más que por transmisión de alimentos era por vía aérea debido al contacto estrecho entre el ser humano y algún animal infectado en los mercados de aquella ciudad asiática, la escena de aquel mamífero en su caldo daba la vuelta al mundo. La humanidad se condenaba, debido a aquellos hábitos, a una sombría incertidumbre. Cada día las noticias hablaban sobre el aumento de los casos, la instalación de barreras sanitarias entre los países, las ciudades, los poblados. Las fronteras se cerraban para intentar impedir el paso de un enemigo invisible filtrándose con la misma facilidad con que la brisa se cuela por debajo de la puerta. Comenzaba una guerra sin fusiles y sin bombas contra un enemigo que aniquilaba, día a día, a un adversario sin más armas que el aislamiento como defensa.

—Por fin llegas, amor. —Paula se levantó del sillón para besar a Daniel y abrazarlo con el alivio de tenerlo de regreso.



—Hola. ¿Todo bien? ¿Pasa algo? —dijo acariciando su mejilla. Se había sacado la mascarilla para devolver el beso a su esposa y dejado la chaqueta en el respaldo de la silla para lanzarse junto a ella en el sillón de la sala.

—Estaba viendo noticias y la verdad es que el panorama se ve desalentador —puso la cabeza en el hombro de Daniel y le tomó la mano.

—Así es. Está complicada la cosa. —Resopló, cansado.

Paula se incorporó apretando las rodillas contra el pecho y su rostro mezcló tristeza y angustia en una mirada vidriosa. Se mordió los labios para no verbalizar ningún sentimiento que pudiera hacerse realidad de sólo expresarlo. El miedo frente a la vulnerabilidad la invadía.

—Tranquila —la atrajo hacia su pecho—. Esperemos que los que están al mando de este desastre sepan lo que hacen, aunque nadie sabe mucho sobre esto en realidad.

Cada ciudadano se hacía esclavo de los noticieros, de los videos que llegaban por WhatsApp y de los cientos de mensajes que se recibían dando consejos de cómo protegerse del virus y de cómo aliviar el estrés causado por aquella amenaza: que el vapor del agua caliente lo mataba, que el eucalipto también lo aniquilaba, que el lavado frecuente de manos era la única manera de evitar el contagio, que había que quedarse en casa y que aplaudieran a las nueve de la noche por todos los héroes invisibles que día a día se arriesgaban al contagio en pro de cuidar a los enfermos. Había que homenajear con palmas a enfermeras, médicos, bomberos, policías, ministros, recolectores de basura y a tantos otros que no cesaban en sus tareas fundamentales. Y de nuevo se repetía una y mil veces el mensaje: «Quédate en casa». La incredulidad ciudadana obligó a instaurar toque de queda entre las diez de la noche y las cinco de la mañana para disminuir la circulación



de las personas e intentar, con ello, frenar la propagación del virus. Imbuidos en una catástrofe que parecía emanar sus gases letales desde el televisor, el sonido del teléfono los sobresaltó. Paula, después de un pequeño espasmo en el cuerpo, se levantó para contestar perdiendo el abrazo protector de Daniel quien siguió bajo el influjo de las noticias.

—¿Por qué no decretan cuarentena total de una vez? — espetó Paula a quien había llamado. La chica caminaba de un lado al otro de la sala como buscando una salida para su angustia.

—No se puede —contestó Daniel para sí.

Prefirió dejarla a solas y se levantó para ir a la habitación después de apagar el aparato de la sala. Se recostó en la cama, encendió el televisor y siguió revisando las noticias del día alejado de la voz de su esposa al teléfono. Pero Paula caminó tras él. Su presencia la hacía sentir protegida.

—Sí, eso debe ser, hay que mantener el abastecimiento, claro, paralizar todo es imposible —replicó ella—. ¿Qué dices? ¿Qué la bolsa qué? ¿Daniel, dice Alfredo que la bolsa se desplomó! —Lo miró abriendo los ojos y la boca.

Daniel frunció el ceño negando con la cabeza una información que le parecía difícil de creer, aunque si la fuente era su cuñado, un experto en inversiones, de seguro era fidedigna, pensó. Cambió de canal buscando dónde confirmarlo. Su corazón se aceleró al preguntarse qué pasaría con los trabajos, los sueldos, las deudas. De dónde sacarían para pagar cuentas, masculló, ¿perdonarían las empresas de servicios y los bancos algunos meses de morosidad?

—Sí, recemos,... todos juntos a las ocho de la noche entonces —siguió hablando con su hermano al teléfono— ¿Oración cantada en Instagram? Lo buscaré. ¿El rosario? Bueno, no soy muy de rosario como tú, Alfredo, pero hay



que rezar, lo que quieras y con la fe que tengas, pero rezar. Te mando un beso y a todos en casa. —Dejó el celular sobre el velador y se recostó al lado de Daniel, que había cambiado de semblante. Su boca arqueada la inquietó.

—Dios mío Daniel, esto realmente está pasando —se acurrucó a su lado.

—Está pasando —afirmó con la cabeza.

Durante las noches reinaba un inusual silencio. La calle Irarrázaval, en donde siempre se imponía el bullicio de bocinas, frenazos, y hacía algún tiempo los cacerolazos ciudadanos demandando más igualdad como país, se transformaba en una avenida abandonada a los ladridos de perros que, a momentos, creaban una sinfonía arrítmica y quejumbrosa entre agudos y graves. Daniel abrió la ventana para dejar entrar el aire fresco de un caluroso marzo y miró la ciudad iluminada, pero inerte. En ese momento, en el piso catorce el silencio era tal que sintió el vibrar de la electricidad fluyendo por los cables entre poste y poste.

—Daniel, ¡ven! Mira. —Paula, con la boca abierta frente al televisor, lo apresuró a acercarse.

—¡Vaya! Algo bueno en todo esto. Al menos el planeta descansa de nosotros.

El noticiero mostraba la transparencia en las aguas de los canales de Venecia y el retorno de los peces.

—¡Impresionante! Y tal como dices, tal vez el planeta estaba buscando una forma de detenernos, de limpiarse a pesar de nosotros —afirmó Paula sonriendo con la información—. Tanto hablar y hablar de calentamiento global y nadie haciendo lo suficiente, ¿será que ya nos dijo ¡basta!?



Abrazó a Daniel y jugueteó con los vellos que inundaban su pecho. Él comenzó a sucumbir a la excitación de su dulce fragancia y la realidad salió por la ventana para perderse en el silencio de una ciudad encerrada. En la habitación sólo cabía la lascivia de dos cuerpos que se habían prometido el uno al otro para siempre.



3

Angustia que se propaga



China, en donde hacía cuatro meses se había desatado la debacle epidemiológica mundial, pasaba dos días sin nuevos contagiados y el último hospitalizado se recuperaba para volver a casa. Algunos se preguntaban si eso pudiera ser el inicio del fin de la pesadilla; sin embargo, otras noticias abofeteaban aquella altanera presunción.

—¿Y la vacuna cuándo, chico? —preguntó Rockmell a su compañero de trabajo.

—No sé *na* yo, lo único que sé es que hay que seguir poniéndole el hombro a la vida, mire que ya con la revolución social que tenemos desde octubre del año pasado en este país, basta y sobra —replicó el hombre casi tan alto como la puerta por la cual había aparecido. Bajó de su hombro el canasto de mimbre para dejar los treinta kilos de marraqueta horneada en el aparador de madera y limpió sus músculos de la harina que había caído en ellos y en su cara—. *Usté* dele no *ma* con la *pega* y no se preocupe de las noticias hasta que *haiga* que preocuparse —dijo Pedro con sus ojos castaños brillando por el calor de los hornos. Retomó el camino de



regreso a amasar las hallullas después de darle un golpe en la espalda al venezolano de tez blanca y ojos negros, que sintió que los sesos se le remecieron con la palmada logrando desconectarlos del televisor.

Pedro sabía que el olor a pan recién horneado haría aparecer a los vecinos inmediatos del local y eso era lo único que importaba en ese momento, tener las marraquetas y hallullas frescas. Los clientes del edificio siempre bajaban apenas el reloj marcaba las cinco de la tarde, cuando el aroma tocaba sus narices avisándoles de la hora del té. Las señoras de los primeros pisos llegaban salivando el pan con mantequilla derretida que tenían en sus pensamientos antes que en la boca.

Pedro había llegado a Santiago hacía ya tres años en busca de trabajo. Después de haber perdido su cabaña de cuarenta metros cuadrados en Chiloé tras un incendio que arrasó con todo en menos tiempo de lo que dura una chispa de soldadura en el aire, viajó a la capital. Bajo los escombros del pequeño cuarto de artesanías quedaron las cenizas de sus gubias, una sierra y los anhelos de más ingresos con los cuales sustentar la vida en la localidad de Achao. Santiago salvó sus arcas, pero no su pena. Cuando el incendio se desató, varios vecinos le prestaron ayuda; sin embargo, todos sabían que cuando aparecía la primera llama, la posibilidad de rescatar algo más que los recuerdos era como esperar un cielo sin nubes en la isla sureña: eso apenas sucedía. En aquellas tierras vivía junto a su tía Berta, su única familia. La mujer, a pesar de los años que arrastraba junto a las sonoras pantuflas con las que iban sacando brillo al piso de pino gastado, todavía tenía fuerzas para cultivar la huerta, criar unos pocos chanchos, gallinas y también cobijarlo a él en su modesta cabaña de madera, la misma que Pedro había ayudado a ampliar años antes del incendio. Un baño más grande y una nueva



habitación mejoraron las comodidades. La mujer de apenas un metro y medio de estatura, moño blanco, sonrisa desdentada y piel surcada más por la vida que por el sol, le entregó siempre el amor de madre que él no tuvo. La hermana de Berta, después de traer al mundo al niño, se había fugado con quien no era el padre de la criatura y del cual tampoco nunca más se supo. El verdadero progenitor del chico, lleno de miedo por una responsabilidad que a los diecisiete años no era capaz de asumir, se lo dejó a Berta que, para entonces, como hermana mayor, soltera y sin hijos lo recibió como propio. Con el esfuerzo de su trabajo como vendedora de pan amasado y tortillas al rescoldo, lo educó y convirtió en el emprendedor de artesanías que era y que a pesar de haber perdido todo en aquel incendio no se dejó derrotar. Su cabaña, dentro del mismo terreno de su tía, se había transformado en trozos ennegrecidos por el fuego, esfumándose su negocio pero no su deseo de salir adelante.

El día que partió a la gran ciudad le prometió que sudaría todo el esfuerzo que fuera necesario para cumplir con sus palabras.

—Tía, me voy, pero *usté* tranquilita que vuelvo con más ganas y platita *pa* levantar la ruca y el negocio de nuevo. — Miró a Berta conteniendo la mirada brillante y prometiendo el reencuentro.

Juana, hija de la vecina de Berta y amiga de infancia de Pedro, sostenía a la apesadumbrada mujer para que la pena de la separación no amenazara con debilitar sus rodillas. En la terminal de buses comenzaba a oscurecer, como también lo hacía el ánimo de ambas mujeres.

—Sí, mijo, ya sé que nos veremos, es solo la penita de la distancia, *pue* oiga. —Berta se empinó para abrazarlo fuerte.



Él, para devolver un abrazo que no sabía cuánto tardaría en recuperar, soltó el bolso negro en el que llevaba sus zapatos, ropa y un sinfín de anhelos.

—Juanita, *usté* me la cuida mire que es lo único que tengo, y bueno... —Separándose de Berta, se volvió a la muchacha. Miró sus ojos pardos con la ensoñación de haber vivido con ella la vida entera y recordar que desde los quince años estaba enamorado de su sonrisa y su mirada siempre avergonzada por algo inexistente. La amaba desde entonces y quería poder ofrecerle algo más que una rudimentaria cabaña en aquel apartado lugar. Se iba con sus ojos incrustados en la memoria.

—Tranquilo, Pedro, yo la cuido. No se olvide de este lugar si *pue*. —Juana se esforzó para que su voz sonara firme y sujetó entre sus manos la esperanza de doña Berta y la suya.

Pedro se acercó a Juana para besar su mejilla y susurrarle al oído un «la quiero» que hizo brotar las lágrimas de la muchacha. Ella movió la cabeza para hacer caer un rizo castaño sobre los ojos e intentar, sin lograrlo, disimular lo que sentía. Pedro le secó las lágrimas, se acercó y le dio un beso en los labios, el primero que le robaba para llevarse como tesoro junto a la *selfie* en la que aparecían los tres y que puso como fondo de pantalla en el celular.

La panadería de don Reinaldo seguía funcionando a pesar de que los disturbios no cesaban. Los muros del local estaban rayados con insultos y consignas, como muchos otros de la ciudad, sin embargo, daba gracias a Dios de que los antisociales no se hubieran ensañado con su negocio. A sus casi setenta años llevaba más de cuarenta en el rubro y para cuando las cosas se habían puesto peligrosas, al punto de



saqueos y quema de locales, los vecinos habían bajado a defender no sólo aquel establecimiento que con orgullo llevaba el neón de «Pan fresco» encendido todos esos años, sino también al edificio completo de la calle Irarrázaval y avenida Coventry. Durante varias noches, hombres y mujeres con uslero en mano y otros escondiendo cuchillos de cocina y revólveres en medio de la ropa impidieron que una turba de delincuentes terminase con el esfuerzo de sus vidas. Así, resistiendo a las manifestaciones, revueltas y a la pandemia, don Reinaldo implementó medidas de seguridad para proteger el local —una gruesa cortina de hierro que bajaba todas las noches— y la salud —lavado constante de manos y uso obligatorio de mascarillas según lo exigía la autoridad sanitaria—. Todos los días supervisaba que los empleados, entre ellos Pedro, quien había aprendido junto a su tía Berta el arte del verdadero pan amasado, cumplieran con las normas de salubridad.

—Por suerte compré suficientes y justo antes de que subieran de precio, porque de seguro se nos vienen más complicaciones que sólo usar mascarilla y cumplir el toque de queda, Ingrid —dijo a su esposa mientras se rascaba la escasa cabellera grisácea y revisaba algunas cuentas.

Ella, con su siempre ordenado moño de reflejos plateados, hurgueteaba entre sus apuntes una de las recetas de pan con aceituna que quería implementar. Estaban en la oficina organizando la semana, coordinando la compra de harina y esperando tener los fondos necesarios para pagar los impuestos de cada mes. Pronto llegaban al día treinta, lo que también traía consigo el pago de los sueldos de sus cuatro empleados: el Venezolano, así le decían sus compañeros a Rockmell, Pedro, brazo derecho de Ingrid en la cocina, una cajera y la señora del aseo que mantenía cual quirófano el local.



—Tendremos que acostumbrarnos a todos estos nuevos hábitos, pues dicen que, de tener una vacuna, antes de dieciocho meses será imposible. —Resopló con cierta amargura la mujer mirando a su esposo.

El hombre, con los lentes apoyados en la punta de la nariz, hacía anotaciones en el cuaderno de «pendientes», palabra que se leía en mayúsculas escritas con plumón rojo sobre la portada de un bloc de apuntes que quedaba encima de un alto de papeles cada tarde al terminar la jornada. Era su rutero. En él escribía todo a lo que debía abocarse cada día sin dejar pasar detalle, sin dejar que el azar del olvido se interpusiera en su metodológico orden laboral. Aquel hábito era uno de los pilares del éxito del negocio, además de haber logrado estudiar contabilidad en un instituto de pocos alumnos, escasos metros cuadrados y baja matrícula que logró pagar como repartidor de verduras en su juventud y que hoy le daba un buen pasar.

—No quiero desmoralizarte, cariño, pero nadie tiene las respuestas, aunque claro, todos opinan como si fueran expertos, desde el que está en el más alto de los cargos hasta el más desinformado de los ciudadanos —dijo elongando los brazos y meciendo la cabeza de lado a lado haciendo crujir los huesos del cuello—. Además, tanta palabrería nueva de uso cotidiano: «protocolo», «Covid19», «teletrabajo», «paso uno, paso dos, paso tres»... —Se rascó las sienes y resopló— ...me tienen agotado.

Ingrid se levantó, se puso tras su esposo y masajéó sus hombros.

—Bueno, cariño, esperemos que el contagio no baje muy pronto a nuestros barrios. —Sus manos, con algunos dedos desviados a causa de la artritis, lograron relajar la cabeza de Reinaldo, quien terminó por apoyar la espalda en el



desgastado sillón de cuero de gran empresario que siempre soñó ser.

En Santiago, las áreas con más afectados por el virus estaban en los sectores altos de la capital, en donde vivían mayoritariamente las clases acomodadas, muchos de ellos llegando del extranjero. Por otro lado, los más jóvenes que aún no entendían la magnitud real del problema, continuaban reuniéndose en casas de amigos para anticipar una jarana que luego prolongaban de una en otra; la actitud de los que no entendían que el encierro no consistía en prolongar las vacaciones para darse una escapada a la playa o al campo, hacía que la infección viajara a otras ciudades. La ignorancia sobre la profundidad de los riesgos llegaba al punto en que, según reportaba el noticiero, un hombre diagnosticado y a sabiendas de ser portador del virus hacía caso omiso de las instrucciones sanitarias y había viajado en avión desde Santiago a Temuco infectando, a su paso, a varios pasajeros y personas en esa ciudad.

—No puedo creerlo, qué tipo más imbécil —espetó ofuscado Daniel mientras se enteraba de las últimas informaciones recostado sobre la cama de la habitación.

Su reclamo se escuchó hasta la puerta de entrada, por donde aparecía Paula con el pan recién comprado en el local de Reinaldo e Ingrid para la hora del té.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó ella con voz fuerte dejando la bolsa de arpillera sobre la mesa del comedor.

—Que un imbécil viajó en avión a sabiendas de que tenía Covid —respondió enojado.

—¿En serio? Qué gente más idiota —se sentó en la cama para ver las noticias que Daniel veía a diario como una adicción, aludiendo a que sólo informados podrían saber cómo defenderse de aquel adversario que seguía ganando



terreno—. Mientras nosotros nos quedamos enclaustrados, este imbécil viaja. ¡Y mira! —espetó con enojo—. Esos otros muy sentados en las cafeterías y en los restaurantes. ¡No hay caso! —Resopló Paula pegada a la pantalla del televisor.

El número de contagiados había crecido obligando a suspender las clases para escolares y universitarios. Varias empresas estaban cerrando sus puertas y muchos negocios comenzaban a declararse en quiebra no sólo debido a la pandemia, sino también a la inestabilidad social que comenzaba a cubrir el país como una nube invernal. La panadería de Reinaldo e Ingrid seguía operando gracias al salvoconducto otorgado por tratarse de una empresa de abastecimiento básico. Sin embargo, la pareja no estaba segura de que pudiera seguir siendo así; dependería de los suministros y los clientes, le había dicho Ingrid a Paula esa tarde al ir a comprar el pan.

—Amor, apaga eso, no te envenenes más con las noticias. Vamos a tomar té. Dejemos descansar la mente. ¡Desconectémonos! —Paula tomó la mano de Daniel y lo levantó de la cama tironeándole con fuerza.

—Ese pan huele delicioso, pero no mejor que tú. —La abrazó y recorrió su cuello con la nariz.

—Qué bueno saber que sigo siendo tu provocación.

—Tú y ese pan despiertan mi apetito.

Se besaron recordando la razón por la que estaban juntos y el pan recién horneado se enfrió.



4

La puerta de enfrente



La tecnología, antes tildada de invasora y ladrona de intimidad, se volvía indispensable. Beatriz, que hacía tiempo se había propuesto alejarse de ella evitando que se inmiscuyera hasta debajo de sus sábanas en noches de insomnio, ahora se veía obligada a reconocer los galardones que la situaban como la heroína frente al aislamiento. Su trabajo era por completo *online*, debiendo realizar las reuniones ejecutivas vía Zoom, el nuevo sistema de comunicación que permitía mirarse las caras y coordinar acciones laborales sin necesidad de estar presentes en una oficina. De igual manera pasaba con los escolares y universitarios: comenzaba la era del tele-estudio a tiempo completo.

—Hija, pon atención —repitió Beatriz a Rosario, quien, rascándose sus pequeños ojos azules, intentaba despejarlos del sueño y mirar la pantalla del computador de su madre. La niña, que recién comenzaba a leer y a escribir, intentaba sostener el lápiz entre sus delgados dedos para dibujar en su cuaderno la letra redonda que la profesora repasaba ese día.

—Mami, no veo a Miss Elena —dijo Rosario apoyando el mentón sobre la mesa—. La pantalla está negra.



—A ver, mi niña, seguro se cayó internet otra vez.

Beatriz dejó de acomodar los cojines del sillón de la sala para revisar lo que sucedía. Accionó el interruptor de la luz y se percató de que no había electricidad. Eso no sólo sería un problema para Rosario en ese momento, sino también para ella, pues no podría conectarse con la oficina y sus clientes. Para saber si sólo era en su departamento o se trataba de un corte general, se asomó al pasillo.

—Hola, Bea, buenos días. —Saludó Paula, que regresaba del incinerador de basura.

—Hola, Pau, ¿tienes luz? —Apremiada entre el aseo y los estudios de su hija no alcanzó a desearle un buen día a su vecina de enfrente.

Envuelta en su bata de seda, su pelo castaño arremolinado en un moño y su mirada azul de permanente delineado que la hacía ver siempre maquillada, empujó la respuesta de Paula, que fue interrumpida por Daniel.

—Hola, Bea. —El esposo de Paula apareció en un short a rayas y torso descubierto.

Todos vestían a medias, como si la tierra hubiera temblado obligándolos a salir huyendo apenas con lo puesto.

—¿Tienen luz? —repitió Beatriz, apremiada. De pronto reparó en la transparencia de su pijama y cerró la bata amarrando el lazo. Volvió a insistir—: ¿Tienen electricidad ustedes? Rosario está en clases y perdimos la conexión.

—No, tampoco tenemos, al parecer es un corte general —confirmó Paula arreglando su negra cola de caballo.

—Maldición, Rosario de nuevo se atrasará —refunfuñó Beatriz.

La pequeña apareció en su pijama repleto de mariposas de colores, su pelo castaño en un moño idéntico al de su madre y sus ojos abiertos entre asustados y terminando de



despertar. Eran las 8:45 de la mañana y las actividades del día se realizaban en indumentaria relajada, a veces tan relajada como mínima, pues el calor reinante del inicio de un caluroso otoño y la poca necesidad de salir de casa, hacían que la selección de moda fuera un cómodo buzo o mantenerse en pijama hasta tarde.

—Puedo prestarte un módem si quieres —ofreció Daniel rascando su pecho.

—Claro, nosotros podemos conectarnos con el teléfono mientras tanto —dijo Paula mirando a la pequeña. Cruzó el pasillo de cuatro metros que separaba las dos puertas, se arrodilló frente a la niña y acarició sus pálidas y pecosas mejillas—. No te preocupes Rosario, vas a volver a tu entretenida clase.

Daniel fue por el accesorio que se enchufaba directamente en el USB del computador, y Paula quedó comentando con Beatriz lo difícil que se veían las cosas para los estudiantes.

—Lo tengo. Vamos a conectarlo —Daniel pasó entre medio de ambas rumbo al departamento de Beatriz y se instaló en la mesa de comedor donde estaba la computadora.

—Los dejo, voy por un café. ¿Ves, preciosa? Tío Dani resuelve todo en un minuto. —Paula revolvió con suavidad el pelo de Rosario y regresó a su casa.

La pequeña sonrió elevando las diminutas pecas de sus mejillas y, junto a su madre, entraron tras Daniel, que ya estaba instalando el pendrive de la compañía telefónica que entregaba la señal. Beatriz no pudo dejar de mirar su musculosa espalda y el tono bronceado de su piel, y deleitándose en ella agradeció la simplicidad con que resolvía el problema. Como un destello de luz cruzó por su mente la envidia, esa que sintió al pensar en la suerte que tenía Paula de contar con la protección de un hombre como él, que además de



guapo estaba ahí para solucionar cualquier inconveniente por simple que fuese.

—Listo, ya tienen conexión. —Se giró y sus ojos pardos se enredaron con los azules de ella.

—Gracias. —Volvió a cerrar su bata y lo acompañó a la puerta.

—¿Resultó? —preguntó Paula, que aparecía con un café entre las manos.

—Sí, claro, Rosario ya está de regreso en clases para dibujar la letra «O». —Sonrió Beatriz.

—Usa el módem todo lo que necesites, nosotros compartiremos señal desde el celular —dijo Daniel a Beatriz para tranquilizarla.

—Gracias de nuevo, se los devuelvo en cuanto regrese la luz.

—No hay prisa y acá estamos para lo que necesite, vecina —respondió Paula.

Daniel tomó a su esposa por la cintura, ambos se despidieron de Beatriz y desaparecieron tras cerrar la puerta. La imagen de los dos abrazados hizo balancear en su cabeza los celos y la envidia, sentimientos que palpitaron en su pecho con la fuerza del deseo de un abrazo como ese, un abrazo que de seguro, pensó, la mantendría a salvo.

Su vida se había enredado con un drogadicto que seis años atrás, la había arrastrado a una noche de inconsciencia y sexo que truncó sus planes. Fue madre a los veinte años y de aquel tipo nunca más quiso saber. Había enfrentado el impasse con la ayuda de sus padres para terminar la carrera de Ingeniería Comercial, que hoy le brindaba la tranquilidad de un trabajo como ejecutiva de cuentas en un Banco. Podía costear su vida y eso le daba seguridad. Enfrentaba la crisis de aquella pandemia manteniendo la supervisión de



su cartera de clientes a través del teletrabajo. Eso le evitó ser despedida y continuar haciéndose cargo de su vida y la de Rosario que, desde hacía ya cinco años y desde que la tuvo en brazos, era su motor y fuerza.

—Mami, Miss Elena te llama, está aquí, en la pantalla.
—Oyó decir a Rosario.

—Voy, mi niña. —La vocecilla de la pequeña la hizo regresar a su vida. Cerró la puerta del departamento y vio que frente a sus ojos tenía la única realidad que importaba: su hija.

La pandemia transcurría con miles de preguntas para aquel vecindario, para el país y el resto de los habitantes del planeta. Entre las muchas complicaciones que se presentaban cada día, mantener los lazos con los seres queridos dependía de poder estar en línea para seguir viéndose las caras, por lo menos, a través de una pantalla. La conexión vía Facetime, Hangout, Zoom y las diversas plataformas virtuales que permitían mirar al otro a través del computador o el celular disminuía la impotencia de no poder abrazarse y se convertían en una herramienta indispensable de trabajo, estudio y nueva forma de socializar. Todos aprendían a usarlas, incluso el padre de Beatriz, que a sus ochenta y seis años había instalado una de ellas en su móvil para conversar con su hija y su nieta. Además, usaba los sistemas de compra y reparto a domicilio para no salir de casa y con ello proteger su salud, ya algo debilitada por la diabetes.

Hacía más de un mes que en los noticiarios se escuchaba que el ochenta por ciento de la población mundial se contagiaría y que las probabilidades de sobrevivir recaían en que las personas fueran afectadas con tan sólo una pequeña



colonia del virus para que el sistema inmunológico pudiera evitar su propagación en el organismo. A medida que avanzaban las investigaciones científicas de cómo el Coronavirus afectaba al ser humano, se sabía que su centro de operaciones eran los pulmones. Desde ahí lanzaba su ataque al cerebro causando mareos, pérdida del olfato y hasta derrames. Otro de los órganos predilectos para el virus era el corazón, presa que atacaba con mortal ambición en pacientes con afecciones previas en el músculo cardíaco. La reacción inflamatoria fuera de control, producida por el sistema inmunitario, generaba una explosión de citoquinas que podía desde dañar los vasos sanguíneos hasta causar una insuficiencia mortal. Los riñones también formaban parte de su foco de interés, especialmente en quienes padecían de diabetes, ya que la dependencia e influencia entre riñones y pulmones hacían que estos derivaran automáticamente la infección a los riñones. Y cuando la desgracia llevaba al virus a anidarse en un paciente con diabetes, donde los altos niveles de glucosa le impedían liberar los glóbulos blancos responsables de combatir las infecciones, el desenlace se presagiaba como poco alentador. Pero los pulmones eran el punto de partida desde donde organizaba su ataque. Los fumadores o los que sufrían problemas respiratorios severos eran una carnada fácil de atrapar y reducir.

Paula, después de leer todo aquello en una de las páginas de internet que había abierto en su móvil, buscando algo más de información y haciendo honor a su profesión de periodista, apagó de forma instantánea el cigarrillo que tenía entre sus dedos y tragó una gran bocanada de aire. Sentada en la terraza del departamento y con la vista fija en las nubes que comenzaban a cubrir la cordillera, se prometió abandonar aquel vicio. Sabía que, de hacerlo, además de ser algo



bueno para su salud, haría muy feliz a Daniel, quien cada vez que la veía encender uno, le regalaba una de sus caras de reproche que, sin palabras, le transmitía toda su desaprobación y desencanto. Era por eso que siempre escapaba a los cuatro metros cuadrados de balcón, evitando así el mal olor dentro de la sala. Maldita infección invisible y letal, se dijo Paula. Miró el cielo, más azul que de costumbre, y regresó a sus pensamientos aquel microscópico virus que inmovilizaba a los seres humanos pero le daba un respiro al planeta. Las aguas se volvían más transparentes, bajaban los niveles de contaminación e incluso los días se tornaban más silenciosos al despejar las calles de la vorágine estresante de automovilistas y transeúntes. Tal vez, pensó, somos nosotros el verdadero virus.

De todas las cosas que leía y releía, había guardado una entre las capturas de pantallas que se alojaban en su rollo fotográfico y fue ahí donde, ordenando y eliminando algunas, volvió a encontrar el texto:

¿Te das cuenta?

Todo se redujo a un espacio donde teniendo carro, no puedes usarlo, tienes dinero, pero no puedes salir a gastarlo, tienes ropa lujosa, y te pones cosas cómodas que ni combinan. Tienes joyas que no necesitas ni luces... y la lista puede seguir. Hoy estás en tu hogar con lo básico y cuidando de los tuyos. ¿No te parece una gran lección?

Beatriz, con la cabeza de Rosario en su regazo, leía la misma frase que Paula ya había borrado de su móvil, pero no de su mente. Acariciando los rizos castaños de su pequeña, se preguntó: «¿Aprenderemos algo de todo esto?».



5

Impotencia



Entre cuatro paredes, en los hogares del mundo y del país se ponían a prueba la tolerancia, la convivencia estrecha o la soledad, la repartición equitativa de las tareas domésticas o el asumirlas todas a solas. Estudiantes sin aulas, ejecutivos sin bufetes, feriantes sin ferias y negocios resistiendo a puertas cerradas. Cada situación cotidiana buscaba una forma diferente de existir, cada ser humano buscaba un nuevo cauce. Como el torrente de un río dividido en distintos lechos para fluir, las personas escudriñaban la manera de seguir haciendo lo que hacían desde la inmovilidad y el aislamiento. Pasaban las semanas y quedarse en casa era el único mecanismo de protección que pedían las autoridades para evitar los contagios. El encierro y soledad que a muchos comenzaba a asfixiarles eran apenas suavizados por un intangible e inalámbrico artilugio del cual todos dependían: el wifi.

Pedro flaqueaba en su actuación del más fuerte al hablar por videollamada con su tía Berta, quien, sin poder contener



los sollozos, llevaba media hora lamentándose del delicado estado de salud de Juana. La acongojada anciana, después de una semana, no tenía mejores noticias que contar que las que estaba relatando. La hija de su vecina se había quejado, hacía apenas cinco días, de un molesto dolor de cabeza.

—Mamá, descansaré un momento, creo que ha sido mucho tiempo frente al computador. —Juana intentó fingir una duda que la inquietaba.

—Claro, mi niña, te hace falta. —María continuó pelando papas—. Te aviso en cuanto esté la cena.

La muchacha entró a su habitación, se recostó y después de sentir un temblor que enfrió su cuerpo, decidió cobijarse bajo las frazadas. La envolvió un profundo cansancio en el cual fue sumergiéndose en los brazos de un padre sin rostro y el suave y arrullador canto de una mujer joven cuyas facciones se mezclaban entre las de su madre y las de su mejor compañera de escuela. Bajo la sombra del más alto de los coihues del campo y apoyando su cabeza sobre las piernas del hombre que acariciaba su cabello, su corazón latía con la fuerza del miedo a la oscuridad.

—Papá, ¿por qué te fuiste tan pronto? ¿Por qué nos dejaste? —Juana estaba aferrada a una de las manos grandes y ásperas de quien con la otra seguía revolviendo su pelo y delineando su nariz con los dedos—. En las noches tenía tanto miedo, papá, que me costaba dormir en mi cama. Te necesitaba tanto. —Un escalofrío la hizo temblar y después de unos segundos volvió a la placidez de las caricias que soñaba—. Tantos cumpleaños sin ti, tantas navidades. Y ese trabajo, ese trabajo que te consumía. —Movi6 la cabeza para ver su rostro y al mirar hacia arriba, el sol cegó su visión.



Sintió una puntada en la cabeza y un ardor en los ojos—. Papá —nadie respondió—, papá, ¿me quieres? —Volvió a buscar su rostro y vio el de Pedro que le sonreía. El viento movió las ramas del árbol y los intensos rayos del sol cayeron sobre sus piernas. Comenzó a transpirar la fiebre de una realidad que María sintió en su frente.

—Y ahora, mijo, el doctor dice que no le baja de treinta y nueve y está conectada a un respirador —le contó Berta con un hilo de voz.

—Tía, Juana es joven, saldrá adelante. Esa *iñora* tiene más fuerza que un toro, si hasta el juego de las vencidas me ganaba cuando chico —dijo Pedro después de inflar los pulmones buscando sosiego.

—Es que ya lleva cuatro días con ese ventilador, mijito, y en el hospital de Puerto Montt no nos dicen nada, sólo que sigue estable pero delicada. Tampoco podemos ir a verla, eso está prohibido para cualquiera. Su mamá está como alma en pena, mijo, viviendo todo este martirio. Si no hubiera tenido que ir a Castro a comprar, no se habría contagiado. —Berta sorbió la nariz y dio un suspiro—. ¡Ay! Pedrito, rezo todos los días por mi Juanita, que Dios me la salve —rogó Berta.

—Así será, tía, usted tranquila que Diosito la dejará con nosotros mucho tiempo. De esta saldrá, ya le digo yo que es terca mi Juana, así es que a ese bicho se la gana de todas maneras. Acá estoy rezando por ella también. —Pedro habló con tal convicción que Berta sintió alivio.

—Ya, mi niño, usted se me cuida, por favor, mire que ya tengo angustia de sobra por acá y allá en Santiago sé que la cosa está bien fregada.



—Sí, tía, me estoy cuidando y juntando platita *pa* partir *pallá* en cuanto pueda. Le mando un beso grande, oiga, y se me cuida también, mire que la quiero como lechuga *pa* cuando vuelva. Vamos a celebrar con un buen cordero al palo, ¿me entendió? Ya, otro beso *apretao*.

—Otro también para ti, Pedrito, te quiero mucho. —Su voz, que apenas se alcanzó a oír, se ahogó en pena.

—Yo también, tía, la quiero mucho. —Cortó.

Juana había sido el primer caso en la isla de Quinchao, y pensar en ella con un tubo atravesándole la garganta y llegándole a los pulmones haciéndola dependiente de una máquina para respirar, le causó una puntada en el estómago; la impotencia se clavó en él como una espina que no vio venir. Sus ojos quedaron atrapados en la pantalla del celular, donde estaba la foto que se habían tomado el día de su partida. La cariñosa sonrisa de doña Berta y la dulce mirada de Juana le hicieron llorar. Recordó la suavidad de un beso robado al pasar y la cabeza gacha de Juana esquivando sus ojos e intentando disimular una mezcla de alegría y vergüenza al besarlo por primera vez. En un parpadear imaginó la vida juntos en una cabaña al lado de su tía Berta, con un nuevo rincón de artesanía rescatado del incendio que lo había vuelto recuerdo. Imaginó a Juana cuidando de dos o tres niños corriendo a pies descalzos sobre el verdor del campo y el viento colándose por sus narices para inflar y purificar sus vidas.

Rockmell entró de improviso. Se sacó la mascarilla aliviando sus mejillas encendidas por el calor que sentía. Venía sofocado por la dificultad para respirar con aquel barbijo que entorpecía la libertad de capturar una de las pocas cosas gratis que aún daba la vida, el aire.

—Ya, mi pana, negocié con la doña la rebaja del arriendo. Podemos estar tranquilos. —Lanzó la mascarilla al papelero



y se recostó en el enmohecido colchón de espuma sobre cuatro palos y algunos travesaños—. ¿Te pasa algo, compañero? —Reparó en los ojos enrojecidos de Pedro y volvió a incorporarse para prestarle atención.

—Es la incertidumbre, amigo. Es Juana que sigue intubada. —Secó sus ojos e intentó recuperar la fe que creía perder cada vez que hablaba con su tía—. No poder hacer nada desde acá... bueno, incluso estando allá no podría. Quizás al menos abrazándonos abrigaríamos nuestra pena, pero tampoco puedo partir.

—¡Ay, marico, qué te puedo decir! Con esta cuarentena y este encierro hay que aguantar. Imagínate, yo acá, a más de cuatro mil kilómetros de mi familia y sabiendo todo el desastre que se vive por allá. Sólo cuentan con el dinero que les mando y espero que eso los proteja.

—Tienes razón, Rockmell, tú ya tienes suficiente en qué pensar y seguro sientes la misma impotencia que yo.

—Claro pues, pero a ponerle el hombro, amigo, eso mismo me dijiste el otro día, así es que a hacernos caso y a trabajar, que de esta saldremos. A Dios gracias a don Reinaldo y doña Ingrid les va bien en la panadería y tenemos trabajo y monedas para subsistir, así es que a darle sin descanso, amigo. —Le dio una palmada en la espalda y puso a calentar agua en el hervidor para compartir una sopa de sobre.

Mientras Rockmell preparaba dos tazones con los ingredientes de un envoltorio que prometía pollo y caracolitos, el agua iba diluyendo un polvo que sólo cumplía con la promesa del olor a ambos. Revolvió la humeante infusión mientras sus pensamientos viajaban a su país a los brazos de una esposa y un hijo al que había estrechado por última vez hacía ya dos años. La garganta se le apretó de sólo pensar en ellos a sabiendas de que la supervivencia dependía de lo que él



pudiera proveerles. Su mujer sólo se encargaba del pequeño que, agradecía, aún no necesitaba de una escuela a la cual asistir. El dinero que enviaba les permitía mantener el techo en el que vivían y lo que le echaban a la olla. Rockmell había viajado a Chile con la esperanza de llevárselos con él en cuanto pudiera lograr estabilidad laboral. Lo suyo era la contabilidad, pero sólo había logrado encontrar trabajo en la panadería de don Reinaldo amasando y horneando para cuando las cosas en vez de mejorar, se habían complicado aún más entre pandemia y revuelta social.

Las autoridades anunciaban que lo peor estaba por venir. Terminaba abril y la llegada del invierno, con sus días grises y fríos, amenazaba con aumentar los contagios. Todo parecía tan irreal como el mismo puma que se mostraba en los noticieros merodeando en la comuna de Providencia. El animal circulaba por las calles con la misma agudeza con la que acechaba a su presa en los faldeos cordilleranos. La naturaleza volvía a tomar posesión de lo que un día habían sido sus dominios y que, hacía ya mucho, el ser humano le había arrebatado. El cielo mostraba más aves surcándolo e incluso los mismos cóndores descendían a husmear sobre una ciudad silenciosa.

Chile superaba los siete mil contagiados y, aunque los casos subían haciendo crecer también la angustia y el riesgo, se hacía indispensable la necesidad de mantener ciertas rutinas. Beatriz había pedido a Paula cuidar unas horas a Rosario mientras iba a comprar los remedios para su padre. Con la mascarilla sobre la boca y la autorización temporal que entregaba el gobierno para salir de casa a realizar diligencias fundamentales, manejaba hacia la farmacia para obtener



los medicamentos de los cuales dependía la buena salud del anciano.

—Es que hay que ir a la farmacia hija, no puede ser de otra forma —le había dicho don Fernando lamentando tener que importunarla.

Las recetas debían presentarse físicamente al boticario, ya que algunas de ellas eran financiadas por el Estado con el seguro de salud para el cual debía dejarse constancia de la entrega de los fármacos a través de las papeletas.

—Sí, viejito, yo voy. Ya tengo las recetas así es que compro lo necesario, no te preocupes. No quiero por ningún motivo que vayas tú —lo tranquilizó.

—Gracias, hija. Al menos el pedido de supermercado lo completé con la aplicación que me enseñaste a usar. Llega en cinco días.

—¿Cinco días? —espetó Beatriz.

—Sí pues, eso demoran. Están colapsados. Los despachos han aumentado de manera impresionante. Imagínate, todos quieren evitar ir al supermercado.

—Claro, es cierto, ¿quién va a querer contagiarse de este bicho desgraciado? Bueno, en vez de reclamar deberíamos agradecer que otros se arriesguen para mantenernos abastecidos. Son los llamados héroes de hoy —respondió con resignación—. Paso en un rato por ahí, tú tranquilo.

Beatriz salía por primera vez de casa desde que las autoridades habían implementado cuarentena total en la ciudad. Iba preparada y protegida con todo lo necesario: guantes quirúrgicos, mascarilla, ropa sobrepuesta para sacársela y arrojarla directo a la lavadora al regresar a casa, pañuelos desinfectantes y el cabello en un moño, el mismo que se hacía todas las mañanas. En su recorrido por las calles, se topó con muy pocos transeúntes y apenas algún que otro auto. Era un



paisaje que ni siquiera se veía en los meses de verano o días festivos, cuando todos huían de la ciudad para pasar unos días en la playa o en el campo. Avenidas desoladas por completo. Manejaba absorta, casi apoyada en el volante sobre el cual reposaba ahora su mentón mientras esperaba la luz verde. Apenas unos minutos antes de proseguir, otro conductor que se detuvo a su lado y al que sólo se le veían los ojos y el ceño fruncido tras el barbijo, la miró con la complicidad de estar pensando lo mismo: «Parece un pueblo fantasma». La luz verde reanudó la marcha de aquel hombre, pero ella quedó atrapada en la única transeúnte que paseaba su mascota. La mujer de cabello rojizo trenzado no exhibía ninguna de sus facciones, pues la mascarilla y los enormes anteojos de sol que llevaba puestos, tapaban por completo su rostro. El buzo de gimnasia ajustado delataba una figura atlética, pero no su edad, y Beatriz se entretuvo intentando adivinar cuántos años tendría: ¿treinta? ¿cuarenta? Cuando ama y mascota comenzaron a desaparecer de su vista, se dio cuenta de que seguía inmóvil frente al semáforo y al mirar de nuevo la luz esta pasó de amarilla a roja. Nadie le había tocado la bocina ni gritado un insulto por haber desaprovechado la luz verde anterior. Sonrió y bufó al darse cuenta.

El inusitado silencio, considerando que a las once de la mañana en tiempos normales la ciudad era una olla hirviendo, la hizo temblar. Un impulso eléctrico recorrió su espalda y la empujó a reanudar la marcha al aparecer la segunda luz verde que le permitió avanzar. Manejó con la tranquilidad que pocas veces tenía debido a la ausencia de imprudentes, apresurados, arrogantes y despistados al volante, y esa pasividad la hizo rezar. Poco lo hacía, pero la soledad de la avenida la llevó a conectarse con un Padrenuestro y dos Avemarías. Pidió por aquel planeta doblegado ante una partícula



invisible y agradeció por no ser una de sus víctimas. Al pensar en ello, volvieron a su cabeza los síntomas enumerados en la página web de la OMS; «anosmia», cuyo significado había tenido que buscar en internet para entender que era la pérdida del olfato, y «ageusia», pérdida de los sabores básicos: salado, dulce y amargo. Se arremolinaban en su mente todos los nuevos términos que iba aprendiendo, palabras que en realidad nadie conocía y que tampoco a nadie le habían importado antes de la pandemia, palabras que tal vez, pensó, no estaban ni en el diccionario y que de seguro eran parte de un vocabulario conocido sólo por los científicos.

—Anosmia, ageusia —repitió en voz alta—. A quién se le ocurren palabras tan raras. Quizás de tan raras, logré memorizarlas. —Elevó las cejas y resopló.

Buscó en el dial algo de música, pero todo era información del momento: «...en Wuhan, la mayor parte de los médicos que enferman o fallecen...», se le escuchó decir al locutor, «...son los otorrinos debido a su alto nivel de exposición al virus». Volvió a cambiar la emisora, no quería escuchar más de muerte, infección, riesgos. «Se pide a los que presenten cualquiera de los dos síntomas que se aíslen en forma inmediata pues, aunque no sufran de cefaleas o fiebre...», continuó la periodista, «...pueden contagiar a otros sin saber». Buscó otra radio «...son antecedentes nuevos...», dijo el médico que era entrevistado vía llamada telefónica, «... en España, como en Italia, la pérdida del olfato y el gusto se han confirmado como síntomas de la enfermedad», terminó de decir el profesional.

—¡Basta! —gritó— ¿Que acaso no hay alguna radio que nos ayude a pensar en que esto no está pasando? Nos volveremos locos.



Y ya sentía estarlo en algún grado al encontrarse hablando sola dentro del auto.

Por fin la melodía de «Shallow», en la voz embriagante de Bradley Cooper y Lady Gaga, la llevó a preguntarse si volvería a ser feliz en aquel mundo moderno que ahora los tenía a todos de rodillas. La armonía de sus voces preguntándose dónde encontrar la paz interior calzaba no sólo con lo que estaba viviendo el planeta, sino también con su propia existencia, su solitaria maternidad y esa maldita pandemia para la cual nadie tenía ni pasado ni futuro.



6

Tormento



Cuando por fin enfrentó la mampara de vidrio de la farmacia, después de haber esperado en una fila antecedida por quince personas, el estómago se le hundió. ¿Cuántas manos pasaron por esa manilla? ¿Cómo abriré? ¿Usaré el pie, el codo? ¿Mi ropa quedará infectada?, se preguntó. Como si fuera una pesadilla, no podía creer que una simple puerta, que antes había tomado y abierto un millón de veces, ahora la paralizara.

—Disculpe, ¿va a pasar? —preguntó un muchacho de aguda mirada quinceañera a sus espaldas.

Las cejas levantadas reforzaron el tono molesto de su voz, evidenciando, además, la falta de temor que sentía por todo a su alrededor. A la edad de aquel muchacho, pensó Beatriz, también había tenido la sensación de vida eterna, la amenaza de la muerte estaba entonces tan lejos para ella como lo estaba ahora para aquel chico que la miraba fijo. Aunque apenas tenía veintisiete, aquel adolescente la hizo envejecer cuando, al voltearse, la dejó congelada por aquel empujón verbal que la emplazó a avanzar.



—Sí, claro —se despabiló.

Y en ese momento la puerta se abrió frente a ella como si el universo le concediera el más importante de los deseos: no tocar a aquel incorpóreo monstruo que podía estar esperándola en la invisibilidad de la transparencia de un cristal y una manilla.

—Muchas gracias —dijo al guardia de seguridad que le mostró el rociador de alcohol para echarle en las manos.

Sólo entonces se dio cuenta de que había olvidado los guantes plásticos en el auto y se maldijo por ello, igual que maldijo el día que supo que estaba embarazada. Nada podía hacer ahora y nada hizo en ese entonces. Hoy su hija era lo único que importaba en su vida y quien la había rescatado de la aversión que le daba el recuerdo de haberse entregado a un hombre que vivía entre alucinógenos, la calle y quizás algún esporádico empleo para el cual no mediaban requisitos importantes para hacerse de dinero. Las veces que lo divisó a lo lejos en el centro de la ciudad junto a otros tan mal agestados como él le confirmaron las elucubraciones que había estado haciendo sobre su vida. Supo que debía permanecer lejos, tan lejos como el cruzar de una vereda a otra le permitieran protegerse y proteger a Rosario. Sobre la niña, él jamás se enteraría.

Tan temblorosa como una anciana y enredada al interior de su cartera buscando las recetas y la tarjeta con la que pagó después de recogerla del suelo, logró comprar todos los medicamentos. Salió transpirando del lugar para volver a su auto. Buscó con desesperación el alcohol gel que tenía en el compartimento en medio de los dos asientos delanteros y se aplicó en las manos tanto como pensó que sería necesario para eliminar cualquier riesgo.



—No te lo permitiré. ¡No! Conmigo, no. Con Rosario, no. Con papá, no—. Refregó sus manos con tal energía, que ardió el pequeño corte que se había hecho en el dedo meñique días atrás cocinando—. Arde, infeliz, arde, es señal de que mueres —dijo con el enojo entre dientes.

Se sacó la mascarilla, infló los pulmones con una gran bocanada de aire y se miró al espejo. Vio a un ser enrojecido por la angustia y el miedo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y lloró como hacía mucho que no lo hacía. Lloró el llanto que había reprimido frente a sus padres cuando supieron de su embarazo y la encararon a asumirlo con trabajo, pues ellos no tenían cómo; lloró la rabia de haber sido tan estúpida como para sucumbir a una borrachera y a un desconocido; lloró el dolor de las contracciones de un parto vivido a solas y volvió a llorar la alegría de ver el pequeño rostro de Rosario entre sus brazos.

—Vamos, eres fuerte, puedes con esto también. —Secó sus mejillas y puso el motor en marcha.

Mientras manejaba, ideaba la forma de entregarle los remedios a su padre. La atormentaba la posibilidad de ser ella la causante de infectarlo, jamás se lo perdonaría. Él había sido el más piadoso en aquellos años y su piedad la hizo sentir menos sucia. Sus ojos, aunque llenos de desilusión y pena al saber que su pequeña niña daría a luz al hijo de un desconocido, hizo que los gritos de su madre se escucharan como si alguien pidiera auxilio desde el fondo de un pozo. Su padre jamás le negó el abrazo ni varios miles de pesos entregados a espaldas de su madre, quien, a pesar de su permanente mirada de reproche que pareció decirle «mujerzuela» a lo largo de los nueve meses que cargó su abultada culpa, amó a Rosario y a través de la pequeña, y sin saberlo Beatriz por mucho



tiempo, la perdonó a ella. Eso le había dicho su padre entre lágrimas de un pésame que se daban el uno al otro.

—Hija, ya no está tu madre para decírtelo, pero a pesar de la pena que sintió por ti, jamás dejó de amarte —dijo don Fernando ordenando su cabeza cana cuando por fin quedaron a solas en el cementerio aquel día.

—Ya no importa, papá. Yo también lamento todo lo sucedido, pero jamás lamentaré la vida de Rosario. —Intentó suavizar los abrazos inconclusos y conversaciones pendientes que le había arrebatado la inesperada muerte de su madre.

—Por supuesto, su inocencia sanó la herida, ya lo viste en los ojos de tu madre al conocerla; simplemente se enamoró de ella—. Y al abrazarse, fueron tres.

Al llegar al quinto piso del edificio donde vivía su padre, colgó de la manilla de la puerta la bolsa con los remedios después de rociarla con amonio cuaternario, otro producto desconocido para muchos hasta entonces pero que ahora se hacía de uso común y parte habitual de la lista de compras. Cuando aseguró el paquete, tocó el timbre con la punta de la llave del auto y retrocedió algo más de dos metros.

—Hola. papá, ¿aún en pijama?, Miren qué flojito —dijo con un guiño amoroso al verlo aparecer.

—Hola, hija, sí pues ¿qué me apura? —Se encogió de hombros.

—Es verdad, aprovecha —sonrió cómplice—. Ahí están todos los remedios. Cualquiera cosa me llamas. Te daría un beso y un abrazo, pero... ya sabes. —Levantó las cejas y arqueó los labios bajo la mascarilla.

—Claro, hija, nada que hacer, pero sé que me quieres y yo más a ti. Mándale un beso a mi nieta y dile que la llamaré para ver su carita.



—También te extraña, papá. Haremos una videollamada, así conversan mirándose a los ojos.

—Me harás muy feliz —dijo lanzando un beso a la distancia.

—Hablamos más tarde. —Devolvió su beso.

Subió al ascensor y la pena fue el único abrazo que recibió.

Regresó por Rosario a casa de Paula. Tocó el timbre y mientras esperaba que se abriera la puerta, el rostro de su padre aún estaba nítido en la memoria. Su pelo cano, sus ojos azules, que también ella había heredado, y sus incontables arrugas evidenciando haber transitado más de ocho décadas de amaneceres, puestas de sol, risas y lágrimas, la hicieron sentir un poco culpable de saber que más de alguna de ellas eran su responsabilidad. Después de la muerte de su madre se hizo cargo de él, con todo el amor que le tenía y el afán de reparar lo que fuera que estuviera pendiente. Aquel minuto de pasado se interrumpió cuando Daniel abrió la puerta. Su penetrante mirada verde zamarreó su estómago. Sintió fuego en sus mejillas.

—¿Hace mucho calor? —preguntó Daniel al verla enrojecida.

—Sí, aún es temprano, pero mi auto quedó a pleno sol —mintió tocando su cara con ambas manos, e intentó volver a la calma.

—Imagino que ya se dejará caer el verdadero otoño. El tiempo está muy raro. Estamos a principios de mayo y el calor insiste en quedarse un poco más. Según he leído, dicen que las temperaturas altas no son del agrado de este virus, así es que espero que eso nos proteja —la invitó a pasar.

—Hola, mami —gritó Rosario dando un brinco a sus brazos—. El tío Dani me prestó este rompecabezas, ¡mira!
—La arrastró de la mano hasta la mesa del comedor donde



había un pequeño puzzle con la imagen de un castillo blanco, un unicornio rodeado de mariposas de colores y una princesa abrazada por un príncipe.

—¡Y lo armó ella sola! —dijo Daniel levantando las manos con gesto de inocencia.

—Linda mi niña, está precioso. Qué suerte que los tíos siempre tienen algo entretenido por ahí, ¿verdad? —Miró de reojo a Daniel frunciendo el ceño con asombro.

—¡Ah! Es que nos gusta cuidar de esta princesa. —Daniel se arrodilló junto a Rosario despejando un rizo de su frente y le lanzó a Beatriz un guiño con el que se le erizó la piel.

—Hola, hola. —Llegaba Paula con algunas bolsas en las manos y su entusiasmo habitual— ¿Cómo te fue, Bea? Tu papá, ¿cómo está?

—Hola, Paula, todo bien gracias a Dios, aunque cuesta no abrazarlo y verlo a la distancia sin poder mostrarle ni siquiera la sonrisa para darle algo de alegría —comentó con la mirada en Rosario—. Muchas gracias por cuidar de esta loquilla.

—No es nada, vecina, como ves se quedó Daniel. Yo aproveché de hacer compras; el panorama del día. —Sonrió dejando los paquetes en el suelo frente a la puerta de la cocina.

—Dame, amor, yo limpio todo, tú cámbiate, yo me encargo. —Daniel le dio un beso en la frente y comenzó a vaciar las bolsas para limpiar la mercadería, dinámica que habían implementado para reducir la posibilidad de que algún paquete viniera infectado. Con algo de paranoia y psicosis, refregaban con alcohol cada lata, cada caja de leche y rociaban con cloro lechugas y tomates.

—Bueno, no les quito más tiempo. Muchas gracias de nuevo por quedarse con Rosario. —Beatriz necesitaba huir de aquella escena de pareja feliz.



—¡Encantados! Ella es una princesa. —Paula arrugó el rostro como haciéndole una mueca graciosa a un bebé y Rosario soltó una carcajada.

—Esta tía ¿no?, siempre chistosa. —Sonrió Beatriz— Bueno, los dejamos tranquilos. Y lo que necesiten, estoy a tres metros de distancia —ofreció.

—Adiós, bellas —se escuchó decir a Daniel desde la cocina.

—Adiós, Daniel, gracias de nuevo —dijo con voz fuerte Beatriz.

—Chao, chao, vecinas —Paula las condujo hasta la puerta y las despidió con su habitual sonrisa. Cerró y volvió a la cocina para ayudar a su esposo a acomodar las compras en la alacena.

—Bueno, amor, veo que ya no necesitas ayuda. —A Daniel sólo le faltaba guardar una caja de cereales y dos paquetes de lasaña—. Mejor me doy una buena ducha. —Dejó caer con sensualidad frente a él la polera y el short que traía puestos.

—Creo que la que necesitará ayuda serás tú —dijo Daniel tirando la caja al suelo y abalanzándose sobre Paula. La abrazó, desabrochó su brasier y comenzó a besarla con la ansiedad de quien tiene hambre. Los brazos de Daniel tomaron su pequeño cuerpo entre sus brazos, ella lo rodeó con las piernas y al llegar a la habitación, se lanzaron a la cama, aún revuelta por una noche tan licenciosa como lo estaba siendo aquella mañana.

La pandemia de nuevo se esfumó.



7

Puerto Montt



Como cada día, Pedro y Rockmell iban juntos rumbo a la panadería. Madrugaban para trasladarse desde Maipú hasta Ñuñoa y estar a las siete de la mañana en punto abriendo el local junto a don Reinaldo y doña Ingrid, dando muestra así, más que de responsabilidad por cumplir el horario, de la necesidad por conservar un trabajo que escaseaba para otros pero que había aumentado para ellos gracias a que sus patrones habían implementado el sistema de reparto a domicilio para los vecinos inmediatos. Aquello hizo crecer la demanda, pero también la paranoia de los que recibían los paquetes. A pesar de hacérseles más cómodo no moverse de casa evitando tener que solicitar los permisos necesarios, la incertidumbre de la manipulación de las bolsas era una constante amenaza, pues era la manera en que aquel polizón podía llegar sin ser visto.

Mientras Pedro amasaba la mezcla con la vista fija en el mesón, iba desahogando en cada golpe la angustia de no tener buenas noticias sobre Juana. Seguía hospitalizada, conectada a un respirador. Su tía Berta, con la voz quebradiza



en cada llamada que sostenían a diario, acrecentaba su impotencia, esa que lo hacía deambular por la panadería como un ser sin alma, como si sólo fuera una máquina cumpliendo con las tareas productivas.

—Pedro, necesito que en la tarde repartas tú en el edificio. Rockmell lo hará a mediodía y nos quedarán cuatro pedidos para entregar a las seis. —Ingrid entraba por la puerta de vaivén subrayando los encargos en su libreta—. Son los departamentos 1404, 1402, y 1803. Te los dejo anotados.

—No hay problema, doña, a esa hora estará lista la última horneada de marraquetas. —Pedro unía con fuerza todos los ingredientes. Harina, agua, manteca, sal, azúcar y levadura iban amalgamándose para transformarse en el pan tibio de cada tarde.

—Yo cubriré a Rockmell con los clientes que vienen a la tienda mientras él hace las entregas de las doce. En la tarde no podrá repartir. Me pidió permiso para irse antes de la hora, creo que debe hacer un trámite personal, algo así le entendí. —Sus ojos cafés repararon en el rostro ausente de Pedro, que seguía amasando con fuerza—. ¿Estamos? — Esperó su respuesta—. ¿Estamos, Pedro? —repitió.

—Dígame, doña. —Detuvo sus manos.

—¿Te pasa algo? —preguntó con voz suave al percibir su aflicción.

A pesar de que apenas se veían sus ojos castaños detrás de la mascarilla, su mirada estaba impregnada de dudas, preguntas con respuestas que temía escuchar y pensamientos que deambulaban entre el ardor de los hornos y la harina del piso.

—¡Ay! Es mi Juana. Ya le había contado de ella, ¿se acuerda? —Sus ojos vidriosos se encontraron con los de doña Ingrid, a quien al verlo apesadumbrado se le apretó el pecho.



—¿Sigue delicada? —Apenas preguntó, se arrepintió de haber profundizado en su pena.

—Sí, sigue igual. Apenas ha bajado la fiebre, pero sigue con esa cosa que atraviesa su garganta y que dicen, llega hasta los pulmones —le tembló la voz.

—Pedro, ten fe, es joven. Se defenderá, tú tranquilo. ¿Quieres ir a Puerto Montt? —Cuando le ofreció ausentarse por algunos días, recordó que le sería imposible, que los controles carreteros impedían el traslado de una región a otra.

—Cuánto me gustaría, mi doña, pero está requeteprohibido. No me queda más que seguir llamando a tía Berta para saber algo de mi Juana. —Se refería a ella como si ya fuese su preciada posesión y eso le hacía sentir más dolorosa la posibilidad de perderla.

—Bueno, en cuanto se pueda tómame unos días para ir a ver cómo sigue todo. —No pudo evitar acariciarle el hombro para darle algo de consuelo.

—Gracias. —Volvió a amasar escondiendo la mirada, pero no la lágrima que ya caía por su mejilla.

En Puerto Montt el viento soplaba a más de cincuenta kilómetros por hora. Los árboles se doblaban rozándose entre sí y amenazando con tocar los cables del tendido eléctrico para dejar a oscuras la ciudad. Aunque eran las cuatro de la tarde, los nubarrones negros parecían querer adelantar la llegada de la noche. Berta y María, la madre de Juana, caminaban tomadas del brazo intentando protegerse del aguacero y de las noticias que recibirían en el hospital. Los cuarenta y cinco años de María sostenían los más de setenta de Berta. Sin embargo, ella, con su diminuto cuerpo pero inmensa fe sujetaba con más fuerza la angustia de María que lo que María



lograba hacer por los añosos huesos de Berta. Las mujeres, sin mediar palabra alguna entre ellas, sabían con exactitud lo que cada una pensaba: ¿cómo estará Juana? ¿habrá mejorado hoy? ¿cuánto daño le causará este virus? ¿logrará ganar esta batalla?

—María, Juana sigue estable, pero es joven y esperamos que su juventud la defienda. Hoy la hemos puesto boca abajo para...

—¿Boca abajo, doctor? —interrumpió de golpe la madre de Juana al neumólogo que intentaba explicar.

—Sí, María —confirmó el doctor Fuentes—. Descubrimos que mejora la capacidad pulmonar. Lo hemos probado en varios pacientes y han reaccionado muy bien.

Berta sujetó el temblor del cuerpo de su vecina.

—Venga, siéntese aquí. —Óscar, el médico tratante, la tomó del brazo para ayudar a Berta a que su amiga no se desmayara. Las condujo a la sala de espera atiborrada de personas con mascarilla que las seguían con la vista.

—Mi Juana, por Dios, mi hijita —sollozó la mujer.

—Tenga fe, vecina, confíe. —Berta acarició la mano de María que no había soltado desde que caminaban juntas por la calle.

—María, quiero insistirle en que ella ha reaccionado bien a los cuidados que le estamos dando, debe estar tranquila.

—Óscar Fuentes asomaba algunas canas de experiencia en su cabeza y en la barba que sobresalía de la mascarilla. Sus ojos azules, rodeados de enrojecidas venas, evidenciaban el cansancio.

—¿Cómo estar tranquila, doctor? Nadie sabe mucho de esto, ni siquiera usted, sin desmerecer sus años de estudio y experiencia, claro, no me malinterprete.

Óscar, entendiendo la desazón de la mujer y sin sentirse ofendido, acarició el hombro de María, que limpiaba su nariz con el pañuelo de flores bordadas que le había entregado Berta.

—Cada día hay más información, María, así es que confíe en nosotros que sabemos lo que hacemos. —Fuentes intentó ser convincente.

—Disculpe lo mal agradecida. Tiene razón. Ustedes están todos los días luchando por ella y tantos otros. Perdone lo ingrata que parezco, en realidad somos bendecidas de tenerlo, doctor, y rezo por su salud también.

—Gracias, María, y créame que sé por lo que está pasando. Ahora vaya tranquila a su casa que nosotros nos encargaremos de Juana. Y llámeme cuando quiera, ya tiene mi teléfono para eso, así es que no venga más por aquí porque usted también corre riesgo de contagiarse. Además, está prohibido venir al hospital para informarse, yo he salido para tranquilizarla y porque sé que ha hecho un largo viaje hasta acá, pero de ahora en adelante, llámeme. Si yo tengo alguna noticia, le aviso. Confíe y cuídese.

Se despidieron, resignadas. Óscar miró cómo las dos mujeres caminaban con sus espaldas encorvadas por la incertidumbre, la misma que él sentía en el alma. Aunque había intentado apaciguar el pesar de aquella madre y su amiga, sabía con sinceridad que María tenía razón; tampoco ellos conocían mucho más sobre aquel virus. Cada paciente era un nuevo aprendizaje, una nueva estrategia de tratamiento, nuevos conocimientos que ir a buscar con otros médicos o con otros pacientes o incluso lo que pudieran encontrar en la web. El trabajo contra el virus no les daba tregua y a algunos de sus colegas ya los había hecho pagar el más alto de los costos: sus propias vidas. Óscar temía, pero más temía



no poder hacer todo lo imposible para salvar a los suyos, a otros y a él. Los pasillos atiborrados de camillas cubiertas por sábanas blancas era una imagen que lo asaltaba cada vez que cerraba los ojos en la pequeña sala de descanso para médicos. Dormir le producía más angustia que la vida misma.

Regresó al cubículo cerrado donde estaba Juana. Volvió a vestirse con todos los implementos que le ayudaban a protegerse y con los cuales parecían más cosmonautas que médicos. Sobre la bata verde se instalaban dos delantales plásticos para proteger tanto el pecho como la espalda. Sobre la cabeza gorros, en la cara la mascarilla y sobre la mascarilla una especie de escafandra plástica que cubría su rostro por completo. Las enfermeras, vestidas igual que Fuentes, terminaron de asear a Juana y la dejaron unos minutos de espalda. Salieron de la habitación entregándole el reporte médico y le dijeron que volverían para ponerla nuevamente en posición prono. Óscar leyó el último informe sobre signos vitales y vio que continuaba estable. Sólo la fiebre había disminuido gracias al paracetamol administrado por vía venosa.

La muchacha inflaba el pecho al ritmo del ventilador artificial instalado en la cabecera de la cama. Sus párpados estaban humectados con glicerina para evitar que se resecaran, como también los labios que rodeaban el tubo que ingresaba por su boca. Se acercó a ella y enternecido por sus facciones infantiles, tomó su mano y la acarició.

—Resiste, Juana, sé que puedes —le susurró.

Un impulso eléctrico de la mano de la joven le devolvió a Fuentes un suave apretón. Tal vez lo había escuchado e intentado agradecer, pensó, y aunque sabía que era sólo un impulso, era suficiente para confirmarle que ella seguía ahí.

Las mujeres regresaron por el mismo camino inundado por el chaparrón por el cual habían llegado. A pesar del frío



y de tener los pies empapados, sólo sintieron pena. Sonia, la prima de María en Puerto Montt, las esperaba con una sopa tibia y un trozo de pan recién horneado. Al verla, María y Berta, aún con la mascarilla que cubría sus bocas, se convencieron de que debían volver a Achao después de casi tres semanas en su casa; ponían en riesgo la salud de aquella generosa mujer.

—Sonia, mañana regresamos a Achao. El médico dijo que no se permitirá el ingreso de familiares al hospital. Están prohibidas las visitas a los pacientes y menos a los que están como Juana, inconscientes. —María rompió a llorar.

—Claro, prima, se entiende. Pero tenga fe, que Juanita va a salir adelante y cuando se recupere, usted tiene que estar sana también, así es que quédese en casita rezando, que Dios nos concederá el milagro.

María abrazó a su prima, dejó su hombro humedecido por las lágrimas y por un momento, olvidando la infección, descansó su tristeza en ella.

A la mañana siguiente el sol brilló con intensidad primaveral, como presagiando esperanza. El cruce del canal de Chacao estuvo tan quieto como el temblor de las manos que a veces sufría María, y el calor de los primeros rayos cubrieron su espalda como si Dios mismo la cobijara. Sintió paz y se entregó al tiempo que necesitaría su hija para sanar, anhelo que deseó con desesperación mirando el azul del cielo, abrazada a Berta.



8

Tensas relaciones



El encierro y las dudas comenzaban a pasar la cuenta. Daniel calculaba que los ahorros les alcanzarían hasta fin de año, lo que significaba olvidar el negocio turístico y comenzar a idear algo con lo cual pagar cuentas de agua, luz, gas y el arriendo, único monto que había bajado gracias a la generosidad del dueño del departamento, que prefería seguir contando con un arrendatario conocido y cuidadoso como Daniel a tener que buscar uno nuevo en tiempos difíciles. Le había bajado un veinte por ciento del valor y eso ya era una gran ayuda para ambos. El resto de los servicios mantenían su precio y había que pagarlos.

Paula ordenaba el cuarto con el desgano de la monotonía diaria.

—Daniel, por favor, deja tu ropa en el canasto, odio tu mala costumbre de tirar todo al suelo —reclamó Paula con un revoltijo de camisas, calcetines y pantalones en los brazos.

Daniel no respondió. Estaba con la vista incrustada en el computador, haciendo todos los cálculos que pudieran permitirles extender la subsistencia. Paula volvió a increparlo.



—¡Daniel!

—¿Qué? —respondió con el ceño fruncido, molesto por haber perdido la cuenta.

—Que me ayudes con el orden. Estoy cansada de recoger tu ropa del suelo todos los días. —Al enfrentar las miradas, vio el verde brillo de sus ojos opacado por la preocupación.

—Perdona, se me olvida. —La miró mordiéndose los labios y apretando la mirada como un niño esperando que la bofetada fuese suave—. Te prometo esmerarme, igual como lo hago en la cocina —replicó con cierta ironía recordándole que no había fallado en ese rol.

Paula no pudo arremeter, y haciendo una mueca de resignación meneó la cabeza sabiendo que volvería a pasar, como también sabía que no podía recriminarle ya que, al fin y al cabo, él era el encargado de cocinar, lo que hacía con delicioso esmero. Nunca habían comido mejor en casa que en esos días de encierro. Daniel era un excelente e innato chef, y se aplicaba como si compitiera por una estrella Michelin. Después de pasar por el *boeuf bourguignon*, la malaya rellena con tomate y cilantro, la lasaña de verduras y la merluza a la crema, Paula evitaba la pesa. Agradecía que la gimnasia doméstica la obligara a mover muebles, limpiar vidrios, sacudir cortinas, colgar ropa, trapear pisos y amoldar, a golpes, los cojines de los sillones. A pesar de eso, ya había subido tres kilos. El cierre de sus jeans acusaba el sobrepeso y supo que en poco tiempo de seguro la talla S se convertiría en M.

Dejó la ropa lavando en la máquina y regresó a la habitación con Daniel. Su cara la había dejado preocupada y necesitaba escudriñar en su cabeza lo que estaba pensando. El ring del celular la obligó a retrasar sus preguntas.

—Hola, Joaquín, ¿todos bien? —preguntó Paula. Su cara mostró una leve sonrisa. Se recostó en la cama al lado de



Daniel, que seguía perdido en el computador, en una enorme planilla Excel que ella miró de reojo—. Qué bueno saber que Carolina está cada día mejor. —Su amiga se había recuperado. Después de haber estado más de trece días conectada a un ventilador, había regresado a casa, y aunque débil por los meses atrapada en aquella pesadilla, estaba viva. Joaquín no dejaba que su esposa hablara mucho por teléfono, pues aún se cansaba—. ¿Ya no usa burrito...? ¡Ah! Fantástico, me alegro muchísimo. Entonces la kinesiología está dando resultado, qué alegría. Mándale un abrazo inmenso y dile que la llamaré en unos días por Facetime. Quiero verla... la extraño... sí, claro, le daré tus saludos... ustedes también, cuidense mucho.

Quedó sentada mirando el piso. Sintió alivio al saber de Carolina y su mejoría, pero en lo más hondo de su ser el nerviosismo se había instalado. Su amiga casi había muerto, su regreso se lo debía al desfibrilador y su descarga eléctrica que había hecho palpar otra vez su corazón. Joaquín había llorado al contárselo y recordarlo. Paula respiró profundo, miró por la ventana y soltó un «Ay, Dios mío» que distrajo a Daniel.

—¿Qué pasó? —Arqueó las cejas.

—A Dios gracias ya pasó en realidad. Joaquín está aliviado y feliz por la segunda oportunidad de Carolina. —Se dio vuelta para mirar la pantalla del computador de Daniel. Él la besó en la frente.

—¿Qué son todos esos números en rojo? —dijo sintiendo un escalofrío en los brazos.

Daniel percibió la rigidez de su cuerpo y la miró arqueando los labios.

—Tranquila. Aún tenemos fondos para sobrevivir sin ingresos por algunos meses, pero claramente tendremos que postergar el negocio del turismo. Viajes, por ahora, no habrá



a ninguna parte, y la verdad que no se sabe para cuándo. —Se acercó a Paula para besarla de nuevo, y su mano rozó el control del televisor accionando el volumen enmudecido.

Como todas las mañanas, las autoridades estaban en pantalla para dar el informe oficial. El Ministro de Salud, junto a la subsecretaria de salud pública y al subsecretario de redes asistenciales, daban cuenta al país del número de contagiados, hospitalizados y fallecidos. Los personeros de gobierno, a pesar de estar tras el barbijo, expresaban el cansancio y la angustia del desafío titánico que enfrentaba el rol que ejercían. Los hombros caídos, las bolsas en los ojos y la vista al suelo de quien había terminado el turno de hablar, reflejaba más tristeza que autoridad. Incluso los periodistas habían comenzado a apiadarse de ellos realizando menos preguntas que de costumbre. Ya no se oía el atropello de voces gritando para ganarle al colega con la pregunta más inteligente o aguda intentando poner en jaque al interrogado. Cada día quedaba menos que cuestionar y más agobio en todos, pero había que informar.

—Ministro, ¿por qué se usará ese recinto para la implementación de las ochocientas camas? ¿Por qué ese lugar? —preguntó el reportero.

—Porque nos permite contar con todo lo necesario para dar atención óptima a los pacientes. Cuenta con suficientes servicios higiénicos, equipos generadores de energía eléctrica de necesitarlos, equipos para mantener la temperatura idónea del recinto considerando que se aproxima el invierno. No es un lugar improvisado al que hay que montarle más infraestructura de base —contestó fatigado el hombre.

—Tiene sentido —dijo Daniel al escucharlo—. Tal como dice, es un lugar habilitado y listo para usarse. Sin vacunas aún, el panorama se vuelve muy difícil.



—Ministro —interrumpió otro periodista—, se dice que hay intereses económicos y favoritismos del Gobierno a empresarios cercanos...

—¡Uf! Claro que es un arreglín del Gobierno —dijo Paula con ironía.

—A ver, déjame escuchar —sentenció Daniel.

Paula levantó las cejas e inclinó su cabeza disgustada por el tono agresivo en la voz de su esposo. El ambiente de la habitación comenzaba a contagiarse no sólo del virus, sino del estrés que también en la sala de prensa viciaba las malas intenciones que se colaban en las palabras de los cronistas intentando poner en duda la acción del Gobierno que buscaba estar preparado. El ministro, tras un leve carraspeo, levantó el tono de voz.

—Vuelvo a explicar... —retomó el hombre de manera pausada, con tono algo irónico y subiendo las cejas— que un lugar de veintisiete mil metros cuadrados y habilitado para recibir gran cantidad de público, como es el que va a ver un espectáculo como el Cirque Du Soleil, por ejemplo, es un recinto idóneo, considerando, como ya mencioné, que cuenta con infraestructura de base como baños y climatización —continuó con cansancio—. Además, si toma en cuenta que la OMS ha dicho que entre el 60% y 80% de la población mundial se infectará y calculamos ese porcentaje sobre los dieciocho millones de habitantes en Chile, quiere decir que diez millones de personas se infectarán en el país y según las estadísticas de la misma Organización Mundial de la Salud, entre un 4% y un 6% necesitarán asistencia hospitalaria, es decir, más de 400.000 personas en nuestro país —dijo con el énfasis de un profesor que explica por quinta vez la materia—. Comprenderá que sin contar aún con una vacuna, no sólo ese recinto, ni el Hotel O'Higgins en Viña



del Mar, deberán ser habilitados como centros de salud, sino todo aquel que pueda contar con capacidad para recibir a pacientes en estado grave. A ello se sumará la construcción de un hospital modular en Cerrillos, el buque de la Armada, Sargento Aldea, y de seguro otros hoteles que ayuden al mismo propósito. Tal vez no todas las camas cuenten con respiradores mecánicos, pero buscamos que cada paciente tenga una cama digna —continuó sin dar espacio a interrupciones—. El lugar dará capacidad para ochocientas camas clínicas. Además, se entregará servicio de alimentación. La inversión en este centro se suma a los esfuerzos que a nivel de país estamos implementando para que nadie quede sin los cuidados necesarios. —La sala quedó en completo silencio y la transmisión pareció enmudecer por algunos segundos—. Si no hay más preguntas, daré paso a la subsecretaria para que refuerce las medidas de autocuidado a la ciudadanía.

—La explicación para mí está más que clara, no sé si para ti —dijo Daniel a Paula en tono áspero.

—¿A ver, te pasa algo conmigo? —refutó con el mismo enfado.

—Bueno, es que hay que estar en sus zapatos para intentar manejar este descalabro, ¿no te parece? A veces es fácil poner en duda todo y pensar que son arreglines o lo que sea que piense la gente. Y si así lo fuera, me importaría un carajo. Al menos sabría que puedo contar con un lugar digno donde llegar entre miles de enfermos más, si es que yo enfermo.

—Ok, ok, calma. —Paula intentó apagar el fuego. Se sentó en la cama alejándose de Daniel.

La discusión no escaló, como tampoco las preguntas capciosas del grupo de periodistas en aquella conferencia. La pelea entre lo que uno u otro pensaba era aplastada por las



cifras que hacían tangible una realidad que caía como piedra en el agua. Todo parecía hundirse irremediabilmente.

—Si esas cifras son así, la posibilidad de caer con este virus es demasiado alta. El sólo pensar en sufrir aislada esta pesadilla, sin nadie a tu lado que te tome la mano mientras estás bajo una máquina que te da oxígeno me hace temblar —dijo Paula con la piel erizada—. Lo único que me alivia un poco es saber que, de agravarme, estaré sedada, inconsciente como Carolina. No sabré de mi existencia, así es que tal vez no sufriré demasiado.

—¡Estás loca! —soltó Daniel enojado—. No te atrevas a enfermar, ¿me oíste? —La miró enrojecido.

—Calma mi amor, si yo tampoco pretendo estarlo, pero de ser así, al menos sé que no estaré consciente de nada.

—¿Y no sé te ocurre pensar que yo estaré destrozado?

Paula lo abrazó, tomó su rostro entre sus manos y lo besó.

—Yo también te amo, así es que tampoco se te ocurra enfermar con esta maldita infección. Te cuidas, ¿te queda claro?, porque este bicho infeliz es como la lepra, nos aislarán, separarán y nada podrá hacer uno por el otro, ¡así es que te cuidas! —le exigió y volvió a besarlo con más ganas.

En esa habitación el amor se hacía cargo de alejar el miedo y unificar las diferencias frente a un noticiero que seguía mostrando a la llamada primera línea de la salud: hombres y mujeres que se exponían para salvar a otros.

En Santiago, siete comunas permanecían en cuarentena total: Independencia, Ñuñoa, Providencia, Las Condes, Vitacura, Santiago, Barnechea. La capital era el mayor foco de contagio del país. La orden del Gobierno se repetía una y otra vez: «Quédate en casa». De todos los casos a nivel nacional, más de la mitad estaban en la capital, por lo que las medidas se hacían más estrictas al ver que la curva seguía



en ascenso. Se pedía a la población mantenerse informados a través de los canales oficiales y evitar los mensajes de redes sociales.

—Me tienen harta —dijo Beatriz, lanzando el celular al sillón y asustando a Rosario que pintaba un dibujo en la mesa de comedor.

—¿Qué pasa, mami? —Arrugó la frente con su mentón apoyado en el cuaderno. Sus labios esbozaron un puchero que estremeció el corazón de Beatriz.

—Perdona, mi cielo. No pasa nada. —Se acercó a la niña y acarició sus mejillas. Le dio un beso en la frente—. Es sólo trabajo. —Sonrió—. ¡Pero qué linda flor tienes ahí! Vamos, termínala, que está quedando preciosa. —Tomó su delgado pelo y comenzó a hacer una trenza con él.

A espaldas de la niña, suspiró y en ese suspiro soltó el cansancio que sentía por el gran número de mensajes recibidos a diario a través de WhatsApp con comentarios repletos de «yo creo que», «deberíamos esto o lo otro», y «tal vez aquello». Todos opinaban respecto de los permisos que debían obtenerse para ir a comprar al supermercado, a la farmacia o a realizar algún trámite importante. Decían que tres horas de salvoconducto no eran suficientes. Planteaban dudas sobre el abastecimiento, de lo grave de la infección, de los riesgos de perder el empleo, de la imposibilidad de reanudar los colegios. Preguntaban cómo funcionaría el metro: ¿pasaría de largo por las estaciones de las comunas en cuarentena? Beatriz continuaba peinando a su hija mientras la subsecretaria, en la televisión, aclaraba que existirían rigurosos controles en los cruces de comunas para fiscalizar el cumplimiento de la cuarentena y que cada empleador debía gestionar el permiso para sus trabajadores, como también que cada ciudadano debía solicitar el permiso individual de tres



horas, para realizar compras relacionadas con comestibles o medicamentos; sólo para eso se podía salir de casa. La persona que no cumpliera con lo indicado sería sancionada con una cuantiosa suma de dinero o arriesgaría, incluso, pena de cárcel. Beatriz besó la cabecita de Rosario, apagó el televisor y rogó al cielo que las cuidara. Ya no aguantaba un minuto más escuchar sobre la pandemia. Regresó la vista sobre la flor que pintaba su hija. El rojo, azul, verde y amarillo de los pétalos la hicieron transitar por un arcoíris que le recordó la promesa del final del diluvio.



Agradecimientos



Y junto a ustedes, mi nueva novela, esa que pude terminar después de dos años y medio de paciencia de mi familia aguantando mis horas de mutismo, encierro, estudio, revisión y cursos. Por eso, como siempre, el primer «gracias» va para ellos. Gracias en especial a mi esposo, que en estos treinta y un años juntos, ha protegido el silencio que he necesitado en estos últimos siete como autora. Gracias a mis hijos, que me dejaron siempre libre la agenda de los martes en la tarde a sabiendas de que entre siete y nueve de la noche yo sólo existo para mi Oasis literario, ese grupo de talentosas escritoras que, junto a mi maestra Ana María Güiraldes, fueron ayudándome a pulir cada párrafo de esta historia.

Gracias a José Manuel Cerda, doctor en historia medieval con quien viajé a los oscuros tiempos de la peste negra y quien volvió a sumergirse en ella durante la revisión de mis textos sobre el pasado.

Gracias a Jose Alberto Arias, agudo escritor español quien, desde el otro lado del Atlántico navegó sobre las líneas de esta historia para lustrar mis palabras y ayudarme a entregarles una obra maestra.



A Juan Villar Padrón, que una vez más le dio cuerpo, voz y luz a esta historia a través de una portada que seduce e intriga.

A Osmary, que con su delicado y meticuloso diseño ordenó cada folio, enmarcando el susurro de mis palabras.

A mi amigo Juan Carlos Márquez, que desde su vasta experiencia en el campo de la medicina, revisó aquellos pasajes que ahondaron en esos temas.

Finalmente, a Claudia Ríos, entrañable lectora «cero», que con su aguda honestidad colaboró para que este relato fuera lo que es, una historia verosímil, emotiva e inolvidable.

Y si hay algún error, créanme que puse todo de mi parte para que no fuera así, pero de haberlo, confío en la benevolencia de sus miradas.



Otros libros de la autora



“En la Penumbra”



La vida de un hombre en la búsqueda constante de una verdad encubierta por su madre para protegerlo. Mientras lo logra, develando realidades dolorosas, su amor se pondrá a prueba debido a su propia reputación. El escenario: Positano; entorno de riscos y anaranjados atardeceres que enmarcan una historia romántica, intrigante e

inesperada.

“Me encantó, muy envolvente, lo leí con esa sensación de “no quiero que se termine” (Paulina Pastene / Lectora).

“Novelaza entretenida desde el inicio hasta el final” (Alfredo Pizza / Lector)

“Muy intensa. Una novela que me atrapó desde la primera página, con una trama tan bien hilada que me ha encantado descubrir.” (Emi Gómez Rodríguez / Bloguera Española)



“La fuerza de su herencia”



Una historia familiar que comienza en 1859 con el viaje de Robert Parker Owen, desde Inglaterra a Coquimbo, ciudad que desafiará su amor y perseverancia, valores que legará, junto a una gran basílica, a cuatro generaciones.

“Emocionada hasta las lágrimas. No pude parar hasta terminarlo”. (Jacqueline Mewes / Lectora)

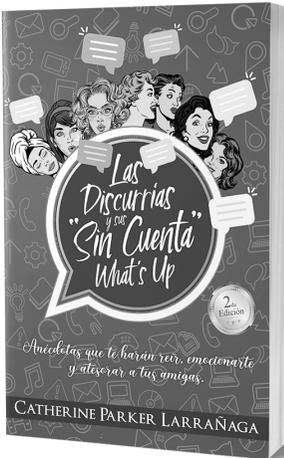
“Una historia que los Coquimbanos e hijos de inmigrantes debieran leer”. (Lily Perez Zan/ Lectora)

“Sencillo y sin adornos, profundamente real”. (Patricio Fuentes / Lector)

“Aprendí, lloré, reí, recordé, viajé y soñé”. (Paulina Alarcón / Lectora)



“Las Discurrías y sus “sin cuenta” What’s Up”



Las Discurrías, son un intenso grupo de amigas llenas de actividades y anécdotas que transforman su cotidianidad en un sinfín de sucesos coloreados con gracia. Cuando no están juntas, comparten vía WhatsApp esas innumerables situaciones a través de las cuales van revelando sus personalidades, ingeniosos consejos e incansable sentido del humor. Ellas nos harán

ver la importancia de la amistad entre mujeres, complicidad que, aún sin estar cara a cara, las mantiene unidas. Este grupo de singulares mujeres, hacen de todo por proteger un tesoro llamado “Discurrías”.

“Me encantó tu libro. Escribes maravilloso y me entretuve mucho”. (Luz María Moraga / Lectora)

“Lo encontré muy entretenido, tiene cámara. En todo momento me mantuve concentrada en el relato. Muy buena descripción. Me reí mucho. Y me sentí identificada también! Sin duda un Diario de Vida que es ameno, risueño, con vida y también nostálgico, real, donde se muestran los sentimientos de lo que somos los seres humanos”. (Teresita del Niño Jesús / Lectora)

“Es un libro muy vivaz, parece que la autora me lo lee, se siente su frescura, alegría, vitalidad. Si bien tiene una clara



Catherine Parker Larrañaga

dirección hacia lo tecnológico, es mucho más fuerte el mensaje que se le dá al valor de la amistad y el compartir tiempo con amigas, tiempo del bueno y verdadero. Muchas se sentirán identificadas. Ha sido un placer leerlo. Muy divertido”.
(Sandra Flacura / Lectora Argentina)

www.catherineparker.cl



Índice



Prólogo	7
Prefacio	11

PARTE 1: LA SOMBRA

1. Incredulidad	17
2. Cierre de fronteras	27
3. Angustia que se propaga.	35
4. La puerta de enfrente	43
5. Impotencia	51
6. Tormento.	61
7. Puerto Montt	69
8. Tensas relaciones	77
9. Desolación en el Vaticano.	87
10. Los tres deseos	95
11. Nueva amenaza	103
12. Anticuerpos	111
13. Max	121

PARTE 2: EL TÚNEL

1. La plaga	131
2. Sumando fuerzas	139
3. Inocencia en los brazos	147
4. Casi libre de riesgo	159
5. Confesión	169
6. Bebida, lujuria e inconsciencia	175
7. Los planetas	183
8. Confianza	189
9. Vendaval	197

PARTE 3: SALIDA

1. Volver a respirar	209
2. Anhelos de estar con ella	217
3. Un sueño posible	225
4. Achao: el reencuentro	235
5. Sorpresas	243
6. Convencida por un cristal	251
7. Regreso a Santiago	257
8. Embestida	267
9. Paula	275
10. Amistad que sostiene	285
11. Despidiéndose	293
12. Decisión	299
13. Volando	305
14. Respuesta	311
15. Un tal vez volviéndose certitud	319
16. Verdad, amor y miedo	325
17. Acecho	333
18. Presentimiento	343

19. Con lo indispensable	353
20. Puerta roja	361
21. En la casa de muñecas	371
22. Tras las nubes del inicio de clases	377
23. Amor que disipa temor.	387
24. Tormenta	393
25. Frente al azul Pacífico	403
Agradecimientos	411
Otros libros de la autora	415